

# REVISTA NACIONAL

DE

## LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año I

Montevideo, 20 de Mayo de 1895

Número 6

### REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.  
Victor Pérez Pett.  
Carlos Martínez Vigil.  
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DIAS 5 Y 20 DE CADA MES

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital, por mes . . . . .	\$ 0.50
En campaña . . . . .	0.70
En el exterior . . . . .	0.70
Número suelto . . . . .	0.30

### CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuariano",—Joya Literaria, de Cuspinera, Teix y Cia

### ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

SUMARIO: JUAN CARLOS GÓMEZ, por José E. Rodó — HUMO DE INCENSO, por Constantino Vecchi — ¿HASTA CUÁNDO? por Ricardo Passino — EL CUORE, por Arturo A. Gúinez — RIMAS, por Adán Castell — LAS MELLIZAS, por Alfredo Varzi — MINUCIAS, por Daniel Martínez Vigil — GUITARRA Y LATIN, por Victor Pérez Pett — ANTES DEL BAILE, por Casiana Flores — A MI MADRE, por María Sabia y Orbe — VERSOS DE ALBUM, por Jorge Sicura — ... QUE SE VENGA AQUÍ, por Carlos Lengua — IDENTIFICACIÓN DE CRIMINALES, por el Dr. Dionisio Ramos Suárez — LEYES QUE PRESIDEN LA FORMACIÓN DE LAS NACIONALIDADES, por el Dr. Arturo S. Gandolfo — EL SUICIDIO EN SUS RELACIONES CON LA LUCHA POR LA EXISTENCIA, por el Dr. José Ivirata Goyem — LIBERTAD PERSONAL, por el Dr. Carlos Martínez Vigil — SUELTOS.

## JUAN CARLOS GÓMEZ

El 25 de Mayo, el día de América, trae envuelto en sus resplandores de gloria un recuerdo de solemne tristeza, al que no debe permanecer indiferente el espíritu de los orientales.— Hace once años que la desaparición eterna de un hombre que era un símbolo, una personificación, la forma viva de los dolores de la historia de un pueblo y de los más caros anhelos de su alma, perseguidos en estériles luchas, acongojaba el corazón de ese pueblo, en días sombríos, como el eclipse de la luz que es orientación y esperanza, y difundía por América un eco de veneración y dolor.

La vibración sonora de la apoteosis que congregaba al rededor de la tumba de Juan Carlos Gómez a los enviados del pensamiento y la sensibilidad de las sociedades del Plata, para consagrar en imperecedero concurso de elocuencia la gloria de su nombre, no parece haber repercutido al través de tan breve espacio de tiempo en el corazón de la más cercana posteridad.— Se busca sin hallarlas una duradera sanción de ese homenaje, una manifestación sensible de esa gloria, y se espera en vano escuchar, cada vez que se levanta en el horizonte el sol del último día del tribuno, la palabra sentida de un recuerdo.

Glorificar la memoria de Juan Carlos Gómez sería, entre tanto, evocar del fondo de nuestra historia la fuerza moral é intelectual de sus días más fecundos en hermosas inspiraciones y elevados ejemplos.

Llevaba el gran ciudadano, en el melancólico ocaso de su vida, la representación más pura de una época que asistía en él a la progresiva desaparición de sus creencias, sus hábitos y sus hombres, pero a la que su espíritu volvía con amor invencible, con inquebrantable fidelidad, presa de ese sentimiento de desolado abandono dentro del ambiente modificado por las ideas que pasan y se renuevan, que es a las ausencias del tiempo como la nostalgia a las ausencias del espacio.

Por eso en su recuerdo revive un girón glorioso del pasado, y se identifica su existencia a la de aquella generación viril y luminosa que nacida, como primogénita de la libertad, entre el fragor de la Epopeya de América, llegó a la vida pública al desplegarse los estandartes de los bandos para la lucha de nueve años, y modeló su espíritu en las inspiraciones de la revolución literaria y filosófica de 1830: generación sobre la que ya es posible fijar las vistas serenas de la historia y que ha cedido sus más poderosas columnas al embate del tiempo, como grupo de bronce que empieza a revestirse a los ojos de la posteridad del tono luciente y realzador de la patria.

De los anhelos primeros de su alma, ansiosa de luz, del despertar de las energías de su mente en días heroicos, data en realidad el abolengo intelectual de nuestro pueblo y el primer espacio franqueado dentro de su tumultuosa actividad para la vida del espíritu.

Faltaban a Montevideo tradiciones propias de cultura.— Había dormido en la sombra, oprimida por sus arcos de plaza fuerte, el largo sueño colonial.— Había permanecido privada, en el transcurso de las luchas de la Independencia, de la supremacía de la acción y del pensamiento con que otras ciudades americanas centralizaban las fuerzas de la revolución, encauzándolas por el impulso de la propaganda escrita y la tribuna.

Con la presencia de los emigrados de las dos generaciones argentinas que representaban frente a la prepotencia de la fuerza brutal; la una los recuerdos de la grande época de Rivadavia y los principios de su política civilizadora, y la otra el porvenir, anunciado por los entusiasmos y las iniciativas de 1837 que trazaron en la mente argentina el perfil definitivo de la nacionalidad, coincide de este lado del Plata la aparición del grupo de hombres nuevos a quienes tocaba rasgar con la germinación inteligente de su espíritu la áspera corteza de una cultura aun no formada.

No fué Juan Carlos Gómez el primero en anunciar la presencia de su generación en la esfera de la actividad literaria y la vida pú-

blica.— Adolfo Berro, levantando bajo la inspiración de la nueva poesía el ara de las devociones del sentimiento, y Andrés Lamza, recogiendo la pluma que habían llevado como intérpretes de la anterior generación Santiago Vázquez, Carlos Villademoros, Antonio Díaz, — para discutir los "Preliminares" de Alberdi a Lermnier ó desplegar en "El Nacional" su enseña de combate, precedieron al poeta adolescente que se acercaba en 1841 a una tumba prematuramente abierta, y reproducía allí la escena famosa que vincula el recuerdo de la muerte de Figaro a una inmortal revelación.

Sólo aparece el poeta en este primer período de la actividad de Juan Carlos Gómez, que termina con la expatriación en 1843.

No le contó en su seno la acción de la Defensa; pero una de las páginas más llenas de interés de la historia literaria y política de su tiempo, — la que refleja la presencia de los desterrados de los pueblos del Plata en la escena pública de Chile, sirve de fondo luminoso a la plena revelación de su personalidad.

La iniciativa de reforma social y de emancipación literaria que parte, como anuncio de una época nueva, del seno de la juventud congregada por el autor de "La Cautiva" bajo los pliegues de la última bandera de Mayo que debía flamear dentro la capital argentina hasta la caída del régimen brutal que profanó sus colores, fué obligada a continuarse en el destierro, y afirmó sus focos de luz en esta margen del Plata y sobre las costas del Pacífico.

Así, la fuerza de expansión y de propaganda que había sido una de las glorias de la revolución política iniciada por la generación anterior é impulsada por ella hasta llevar a latitudes remotas, dilatándose como en el sucesivo desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, el brazo de sus héroes y la palabra de sus tribunos, realza también esta iniciativa de renovación de las ideas que se formula en el programa de la "Asociación de Mayo", vibra en la prensa de Montevideo sus entusiasmos anhelosos y tiene su más alta expresión en las polémicas de Santiago de Chile.

A fines de 1840 atravesaba la Cordillera, después de ser befoado y torturado por la mazmorra, un prófugo de San Juan que había llevado la voz del elemento culto y la juventud inteligente en el movimiento suscitado por la repercusión de la propaganda de Echeverría, y trazaba en un descanso del camino, bajo las armas de la patria que abandonaba, estas palabras de Fortoul: ON NE TUE POINT LES IDÉES.

Aquel proscrito, cuyo nombre debía en breve irradiar al pie del "Facundo", era el mensajero de una emigración que Chile vería pronto afluir a sus ciudades, donde los estre-

mecimientos de la máquina de imprimir anunciaron ruidosamente su presencia; y aquel lema profético iba a tener la consagración de la realidad en una propaganda de dos lustros que hizo descender de lo alto de los Andes, sobre el suelo argentino, la voz de protesta de la cultura y la libertad vili-pendiadas.

Santiago y Valparaíso reflejan desde el terror de 1840 las luces proscritas de su centro por la barbarie vencedora, y al amparo de su hospitalidad se continúa en las múltiples manifestaciones de la prensa, el libro y la cátedra, la obra a que colaboran el pensamiento de Alberdi, la crítica de López, los panfletos de Frías, la investigación erudita de Gutiérrez.

Con el anatema incesantemente lanzado sobre la tiranía comparte la actividad de aquella emigración gloriosa, la revelación de la nueva idea literaria. — El nimen del romanticismo llega envuelto en los pliegues de la bandera de Mayo al otro lado de la Córdillera, y lucha allí con la resistencia que personificaba el hombre ilustre en quien reconoce la cultura de Chile al primero de sus educadores, y cuyo espíritu, abierto a todas las luces del saber, y favorecido con los dones del entendimiento más difícilmente conciliables, flexible y múltiple como el de un humanista del Renacimiento, era santuario de la tradición intelectual. — En el brillante torneo que estas polémicas mantienen luce en todo su brío la gentileza literaria de los jóvenes desterrados que el romanticismo tuvo por justadores, el generoso entusiasmo con que llevaban a aquella lucha puramente ideal todo el ardor de las luchas efectivas. — Impulsada por ellos, una cuestión de arte llegó a agitar los espíritus con fuerza de pasión, y una de las sociedades hasta entonces menos espirituales de la América fue acaso el escenario más movido que tuvo en el continente la gran querrela literaria. — La relativa incipiente de la vida intelectual de aquella sociedad, un tanto encadenada a la tradición de la colonia, un tanto austera y espartana en sus lineamientos, sirvió de fondo opaco para que se destacase aún más el brillo de esa propaganda, en la que nuestros románticos solían poner cierta arrogancia candorosa, cierta conciencia de su superioridad que le comunicaba a menudo los aires de un magisterio altanero.

Pero hay todavía otra manifestación de la huella imborrable impresa por los desterrados en la vida del pueblo que les concedió afectuosa hospitalidad, y es su intervención en la política interna de ese pueblo, a la que sólo les era dado llevar el concurso platónico de su palabra, desnuda del influjo vehemente y prestigioso que adquiere la idea del tribuno del relieve de su personalidad en la acción.

Bajo este aspecto la figura juvenil de Juan Carlos Gómez se destaca quizás como la más activa y brillante. — Llegado a Chile en oportunidad de fecundas agitaciones del espíritu público, tomó de manos de Alberdi la redacción de "El Mercurio" de Valparaíso, que era la personificación más alta de la prensa, y la hizo vibrar en una vigorosa campaña de oposición, que dió por resultado el primer triunfo alcanzado sobre el poder en comicios.

Por igual distancia de la demagogia turbulenta y la oligarquía reaccionaria, sostuvo en Chile la libertad vivificada por el orden, "la política que construye y educa," como la nombraba Sarmiento, y acompañó con su propaganda a preparar la solución que tuvo, en tal sentido, la lucha presidencial de 1851.

Poco después, con la caída de la tiranía, llega a su término la historia de esta brillante participación de nuestros emigrados en todas las manifestaciones activas de uno de los períodos más luminosos de la vida chilena; el renacimiento de la prensa libre y la tribuna reclama en Buenos Aires la presencia de los proscritos argentinos, al par que un horizonte nuevo parece abrirse, disipada la humareda de la lucha, de este lado del Plata; y Juan Carlos Gómez pasa entonces su pluma de "El Mercurio" a la mano de don Ambrosio Montt, el Aramis de las voluptuosidades de la ironía sutil y refinada, tan singularmente opuesto en el género de las armas que traía a la panoplia del prestigioso diario a aquella inflexibilidad de la palabra y la actitud, a aquella entonación vehemente y amplísima que dieron contornos al "carácter de Athos" que venía a remplazar en el concierto de las inteligencias.

Vuelto a la patria, asume Juan Carlos Gómez la dirección del elemento culto y pensador de uno de los partidos que entonces se reorganizaban para proseguir su duelo interminable; vibra de nuevo su pluma de polemista en las columnas de "El Orden"; resuena su palabra en el Congreso de 1853, el más brillante y poderoso que se destaque en nuestros anales de pueblo libre, al par del que reunió en su seno, bajo los auspicios de una nueva paz, veinte años más tarde, a los enviados de otra generación de noble y turbulenta historia; y termina, después de un pasaje fugaz por las alturas, la actividad de su civismo, con la definitiva proscripción que hoy se prolonga en el sueño de la muerte.

Incorporado desde entonces a la vida argentina, mantiene sin embargo su fidelidad de ciudadano sobre la poderosa tentación de un escenario que le brinda éxitos y honores. — Su tribuna es de nuevo y para siempre, la prensa. — El alejamiento de la acción a que le condena el voluntario ostracismo veda otras formas de manifestación a su palabra y no concede más alto pedestal a su figura; pero en aquel que los acontecimientos le depararon y donde las tempestades de medio siglo le vieron descollar sin que flaquearan sus viejos bríos un momento, selló con rasgos propios sus derechos de immortalidad. — Personifica en los anales de nuestras democracias del Plata al periodista, al tribuno del pueblo constantemente identificado a las palpitaciones de su corazón y atento al rumor de sus oleajes; a la manera como personifica Juan María Gutiérrez al hombre de letras, Alberdi al pensador, Sarmiento al estadista. — Hubo en la prensa quienes atesoraran más caudal doctrinario, más honda reflexión, mejor sentido de las oportunidades del presente; pero su palabra se impone sobre todas y llega como la voz altiva de su época al recuerdo de la posteridad, por el poder de transmitir la emoción y el entusiasmo, por la avasalladora energía de la afirmación, que imprime en ella la solemnidad de la del inspirado, o el apóstol, por

esa fuerza de la sinceridad que no se amolda porque es como el aliento del alma condensándose en la palabra del escritor.

Además, todas las turbulencias de la lucha en que la palabra tiende a la acción inmediata y efectiva; todas las huellas que imprimen el hábito de la producción precipitada en el cauce áspero é instable de las pasiones del momento, no alcanzaron a empañar en su alma el culto innato de la forma. — Su escuela de diarista puede condensarse en las palabras, que él mismo invocaba, de Renán: "Todo es literatura cuando se habla con amor de las cosas buenas, bellas y verdaderas." — Llevó la pluma como un cincel destinado a fijar en el alma de la multitud inscripciones é imágenes; y supo mantener constantemente firme ese cincel, sin que los estremecimientos de la pasión enardecida lograsen apartarlo de la esbelta limpidez del contorno.

Así campea el señorío de la forma en su postrera campaña de "El Nacional", sobre la que se tienden las melancolías de creciente nostalgia; y así se le vió resplandecer en las cartas con que defendió su sueño último, su grande y generosa quimera, en la controversia levantada al rededor del monumento de la Florida: conmovedores arranques de su alma, verdaderos modelos de literatura de polémica, páginas de las más poderosas, más vibrantes, más llenas de fluido nervioso, que hayan brotado acaso de la pluma de ningún escritor.

Por este don del estilo prodigado en la labor ingrata de la prensa, puede personificarse en él el espíritu literario sacrificado a la necesidad suprema de la acción y la lucha, en la existencia de estas sociedades forzosamente inhospitalarias para las manifestaciones desinteresadas del espíritu; así como puede representarse en su faz de ciudadano, dando expresión a sacrificio más doloroso, la injusta inutilidad prescrita por la desorganización de nuestras democracias a la indomable porfía de la convicción, a los rasgos firmes del carácter, a la inquebrantable tenacidad de la virtud.

Junto a una apreciación más detenida de la varonil personalidad del escritor, habría interés en considerar la suave fisonomía del poeta.

La escuela literaria a que puso sello el autor de "La Cautiva" tuvo un carácter esencialmente relacionado con las turbulencias de la época, y modelóse en el concepto, que el mismo Echeverría formuló, de una literatura social y revolucionaria; la poesía cobraba nueva inspiración después de haber flotado sobre la Epopeya de la Independencia y consagrado sus victorias, para ser otra vez, en medio de las luchas por la libertad, como la cincelada empuñadura del acero ó como el lampo que arrojaba de sí la misma espada estremecida. Pero la cuerda heroica partió entonces su imperio con las primeras manifestaciones del subjetivismo poético y la melancolía romántica, y el verso ahondó en la intimidad de la conciencia al mismo tiempo que seguía siendo un medio de acción.

No era en Juan Carlos Gómez la naturaleza del tribuno la que se imponía con superior intensidad a la manifestación del poeta. — En el silencioso recogimiento de la inspiración tributaria de los ensueños y las lágrimas, que desata el aura del sentimiento individual libre de la presión niveladora e in-

periosa del ambiente colectivo, — y no manifestándose este sentimiento en el arranque súbito de la emoción ni con la fuerza que estalla en el sollozo de Musset ó la imprección byroniana, sino cuando se ha tendido sobre él el velo de una suave melancolía, y vagan sigilosas las sombras de la meditación ó del recuerdo, — era que la íntima naturaleza de nuestro poeta desempeñaba su ley, y acertaba con la nota pura, sencilla, la que llega al centro del alma, y daiese voz a las tristezas de la ausencia, ya espaciara el espíritu en los arrobos de la contemplación.

Su poesía refleja así la exquisita suavidad de los sentimientos que constituía el fondo velado de su personalidad. — Nunca entregó a las pasiones de la vida pública sino una parte de su espíritu, y supo guardar constantemente intactas del polvo abrasador de la lucha todas las delicadezas del pensamiento y la sensibilidad, el culto de las cosas íntimas que constituye el más preciado de los bienes del alma que el hombre perpetuamente confundido en las tempestades de la acción suele sacrificar a la devoradora intensidad de la idea que lo absorbe ó la pasión que lo avasalla.

Hemos de terminar, viendo la poderosa atracción de un tema gratísimo; pero insistiremos acerca de la elevada oportunidad que tendrá siempre, en el silencio del olvido que parece ser la póstuma condenación de nuestras glorias más puras, toda palabra encaminada a una reparación.

Lucio Vicente López, en una oración universitaria que merece eterno recuerdo, señalaba hace pocos años como suprema inspiración regeneradora en medio del eclipse moral que veía avanzar en el horizonte de América, la obra patriótica de fortalecer en la mente y el corazón de las generaciones que se levantan, el amor a la contemplación de aquellas épocas en que el carácter, la individualidad nacional de nuestros pueblos, y las fuerzas espontáneas de su intelectualidad vibraban con la energía que hoy les falta y con el sello propio de que les priva el cosmopolitismo enervador que impone su nota a la fisonomía del tiempo en que vivimos.

El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insustituible en el espíritu de los pueblos, y la veneración de las grandes personalidades en que se encarnan sus porfias, sus anhelos, sus glorias, es la forma suprema de ese culto.

Entre nosotros, merecen ser honradas las generaciones que han precedido a las que tienen la representación oscura del presente, no sólo a nombre de aquella solidaridad histórica inquebrantable, sino también por un derecho evidente de superioridad. — El interés del porvenir se une a "la voz sagrada de la historia"; — siempre vibrante en el corazón de los pueblos que son algo más que muchedumbres, — para exigirnos respecto a esas generaciones un homenaje justiciero que sea a la vez inspiración de fecundas enseñanzas, y nos lleve a familiarizarnos con el ejemplo de su acción y la confidencia luminosa de su espíritu.

José E. RODÓ.

### HUMO DE INCIENSO

(Todo es puro para las conaciones puras)

SAN PABLO.

Sola, triste y sin encantos,  
hace ya varios domingos,  
está la preciosa iglesia  
de los Padres Capuchinos.

¿Por qué?... Porque cual solía  
no asiste al Divino Oficio  
dama gentil que llenaba  
de luz el sacro recinto.

Dama que cantó un poeta  
con entusiasmo inaudito,  
postrando su alma a las plantas  
del ángel más peregrino

que desde el cielo bajara  
a inspirar el dulce ritmo  
de una lira que, pulsada  
por vate noble y conspicuo,

hubiera exhalado el canto  
más hermoso, más sentido,  
más amante, más grandioso  
que conocieran los siglos.

Dama que lleva en los ojos  
la luz del celeste empiro,  
y cuya frente es un faro  
que deslumbra por su brillo.

Que es airosa cual la palma  
y de coatinente alto,  
y que al andar deja effluvios  
de rosas en su camino.

Que tiene un alma que es cáliz  
de aromas del Paraíso,  
pues toman de ella su esencia  
violetas, nardos y lirios.

Y que es entre las mujeres  
de la virtud prototipo,  
porque, no hay duda, en el mundo  
¡nada hay como ella tan digno!

\*\*\*

Porque ese ser tan precioso  
no asiste al Divino Oficio  
es que está triste la iglesia  
de los Padres Capuchinos.

Está triste, sí, muy triste,  
hace ya varios domingos;  
pero aun más triste se encuentra  
el altar de San Francisco,

pues junto a ese altar oraba  
la noble dama, y el brillo  
de su persona, destellos  
prestaba al santo bendito.

¡Pobre santo!... ¡pobre iglesia!...  
¡hace ya varios domingos  
que estáis tristes porque os niega  
su presencia ángel divino!...

¡Pronto, quizá, pronto vuelva  
a alegraros!... Tal lo pido  
a Dios, por bien de vosotros  
y del moro que, sombrio,

junto a un pilar que se eleva  
a la izquierda, oye el Oficio  
pensando en Dios y mirando  
al altar de San Francisco.

CONSTANTINO BECCHI.

Montevideo, 23 de Julio de 1892.

### ¿HASTA CUÁNDO?

Pues nada; se cumplió la luna mía,  
y es preciso dejar algunas cosas  
que suenan ó se acomodan a poesía.

Váyase al diablo la mundana prosa!  
Bastantes descomos he sufrido  
envuelto entre su nube polvosa!

— El bullicio del mundo y su ruido  
— como dijo Espronceda — para el triste  
que busca que comer y no ha comido.

es algo que ni en broma se resiste!  
¡Oh prosa, cuántas lágrimas derrama  
el pobre ser que a tu capricho existe!

Hay que ser como el ave que reclama  
vívida luz al sol, y alza su canto  
en el nido pendiente de una rama.

¿A qué luchar y entristecerse tanto?  
¡La ilusión de la vida fuera un mito  
si no cesara alguna vez el llanto!

¡Hoy quiero ahogar el angustioso grito  
que la prosaica realidad arranca  
al lacerado corazón marchito!

Libre del peso que la vida estanca,  
sea la inspiración, alzando el vuelo,  
virgen paloma pubibunda y blanca!

Cuelgue su nido en un Edén del suelo,  
Edén quizá de ondinas misteriosas,  
tal vez pedazo de un fingido cielo!

Y allí entre nardos y aromadas rosas  
entone, come el pájaro canoro,  
sus cántigas sentidas y armoniosas!

Las auras y el raudal, en dulce coro  
acompañen su voz, y siempre sea  
la luz del sol de encantos un tesoro!

¡Ay! nunca salve la impetuosa idea  
el límite que erigido el árbol toca  
de cielo azul que su follaje orea!

Cuando el dolor del alma se sofoca  
no se hostiga jamás: Corcel sin brida,  
al chasquido más leve se desboca!

¡Cuántas veces mi mente enardecida  
logró volar a la radiante altura  
en alas de otro ambiente, de otra vida,

y cuántas desde allí vió más oscura  
la cárcel donde el hombre se revuelva,  
como fiera enjañada, en su locura!

Nadie el problema de tu afán resuelve,  
oh ciega humanidad, y en tu agonía  
la negra noche del error te envuelve!

En vano busco que la musa mía  
tu gangrenado cáncer, pobre mundo,  
cubra con un cenital de poesía!

Tu mal es tan intenso, tan profundo,  
qué no puede ocultarse en el olvido  
ni el intervalo breve de un segundo.

¿Cómo colgar en un Edén mi nido,  
con la ilusión del idealista anhelo,  
si todo se desquicia prostituido?

La alondra enfrena amedrentada el vuelo,  
se refugia en el valle y enmudece  
al ver obscuro y borrascoso el cielo!

Sólo el águila andaz no se guarece,  
y, sin temblar, contempla de hito en hito  
el horrible turbión que avanza y crece!

Firme en la cumbre abarca el infinito,  
brilla siniestro el rayo y serpentea...  
y el trueno ruge en estridente grito!

¡Dejad, dejad que aunque incensata, sea águila andaz que impávida provoque el huracán indómito, la idea!...

Que vuele en alto, que las nubes toque, que en medio del turbión, nunca arrollada, resista y venza el formidable choque,

y que después con fálida mirada contemple, aun más horrenda, en su deseco, la humana tempestad desencadenada!

Desde allí, ¿qué es el mundo? — Un hormigueo movido por el hambre y la codicia, donde el ser más gigante es un pigmeo:

donde es odio y comercio la justicia; la nobleza, el honor, vanidad sólo, y el augusto saber, torpe impudicia!

En cada corazón existe un polo: el amor á la patria es egoísmo, y reinan la traición, la infamia, el dolo!

Así, por invencible fatalismo, como el alud del monte, despeñada ruedas, humanidad, hacia el abismo!

Me das horror al verte encarnizada en tu voracidad, oh fratricida, que no te doma ni te arredra nada!

Los tesoros más bellos de la vida, el genio, el arte, la creadora ciencia no existen ya! — La turba maldiceida

de astutos mercaderes sin conciencia sació en vosotros su ambición bastarda y os robó torpemente la existencia!

Todo se prostituye, nada guarda su pureza ó su luz: — en sombra todo se humilla, se envilece y acobarda!

El vicio y la maldad medran de modo que lo más santo que adoró la tierra se revuelve y se arrastra por el lodo!

Combate horrendo, desastrosa guerra libra la humanidad en sus horrores, y negando á su Dios nada le aterra!

La incólume virtud de los amores, la religión, la fe, la amistad santa, la gloria, con sus lauros y sus flores,

los sublimes ensueños que brillanta el numen ardoroso del poeta que lo ideal entusiasmado canta,

mentira son... Mas: ¿ay! ¿por qué indiscreta, oh! musa mía, al agitar las alas, revelaste tu angustia más secreta?

Si hondos suspiros por el mundo exhalas, mitiga su aflicción, que nada y embellece al menos con tus galas!

¿Cuándo, Dios santo, sonará la hora de la justicia? — ¿Cuándo será un hecho la curación del mal que nos devora?

Surja del ara y del altar deshecho la luz de la verdad! — El que á la sombra de la bendita cruz se oprime el pecho

y con farsaica devoción te nombra; el traficante del honor, que nada le asusta, le conmueve, ni le asombra;

la despótica fuerza entronizada, que ejerce el crimen, la razón entrena y enloda la virtud acrisolada;

el sordido egoísmo que condena á la deshonra, al hambre, hasta al suplicio al mártir de la vida; el hombre hiéna

que, entre las miasmas del honor y el vicio, viola las leyes del deber, negando la libertad, la patria, el sacrificio;

esa plaga infecciosa que, contando la letra innumada que le roe el seno, que á frote vive, la modestia hollando:

la vanidad absurda, el desenfreno del fausto y del orgullo; esos reptiles que crean volar y que sofoca el cromo;

la rémora social; seres serviles sin alma, sin pudor y sin conciencia que todo manchan y destruyen, viles,

¿cuándo sucumbirán? — Dios de clemencia, salva esta humanidad que se desquicia!

¡Inicéale tu sabia inteligencia! ¡Inspírale tu amor y tu justicia!

RICARDO PASSANO.

Montevideo. Mayo de 1895.

## IL CUORE

Stradini fué quizá el único que no despegó sus labios en medio del estrépito de aquel desembarque infernal, al echar á tierra el vapor toda la compañía, revueltos los inmensos baúles, los hombres, las mujeres pálidas, insignificantes, decoloridas ante la radiante luz de aquella grandiosa mañana otoñal que les deslumbraba los ojos, debilitados ya por la luz abrasadora de las candilejas.

Y qué ruido metían todas. Allá andaba desolada la Leordi, la prima donna, despeinados y lacios los rubios pelos; revolviendo en los párpados sin pestañas, abasados, aquellos ojos celestes que ahora, fuera del teatro, eran con el perfil correcto los últimos restos de su antigua belleza. Se le había extraviado el perrito, su más grande afecto, y no se avenía á marcharse sin él.

— Ma... dov' é il mio Pirricchio? Pirricchio, Pirricchio!...

La Passani, toda envuelta en pieles, llenas las manos de bolsas y envoltorios, acosaba á un camarero para que le trajese su maleta, olvidada en el camarote.

El bajo, un gigante de grandes bigotazos retorcidos, arrastrando tras sí á la segunda contralto, se inclinaba sobre la borda para tratar á gritos, que salían de su enorme pecho como campanazos, el precio de la conducción hasta el muelle, y de abajo se elevaba el ensordecedor vocerío de los boteros, que pedían cada uno para sí un poco de aquel montón de gentes y baúles que se movía allá arriba apresuradamente en la confusa batahola del desembarque.

Contrastando con esto, los coros, agrupados cerca del portalón, pasivos, indiferentes, como ovejas tímidas, esperaban el turno para ser llevados de allí.

En tanto Stradini, mostrándose por primera vez fastidiado de todo aquello, miraba allá, á la ciudad inundada de sol, esparciendo sobre ella una mirada inmensa, ansiosa, húmeda, llena de saludos silenciosos, recibiendo de lleno en la cara pálida un mundo de recuerdos, con aquella brisa de tierra que le echaba atrás el cabello, descubriéndose la frente como para depositar en ella el beso de bienvenida, la primer caricia que le traía entre arrullos el aura dulce del suelo natal.

Estuvo mucho tiempo así, bebiendo ansioso en la brisa los recuerdos, estremecido todo

á su contacto; entretanto, el momento que iba á concluir.

— *Et tu, recit?* le dijo entonces con voz dulce y melancólica Falerni.

— ¡Ah! ¿Es ya tiempo? Y así, contestó apoyándose en el hombro del joven barítono, como cansado de gustar aquel placer doloroso que le hacía vibrar el alma como una cuerda herida por mano ruda.

Bajaron él y Falerni al bote; aquel joven barítono, de pequeña barba rubia, de voz suave y melancólica, era el único amigo que hallara entre aquella multitud de gentes á que el destino le había unido; era el único á quien encontraba hombre de sentimientos, fuera del escenario, aun despojado de los que los autores prestan por una noche á esos seres á quienes el arte impone la obligación de no tener alma propia, á fuerza de tener tantas ajenas.

Herido para siempre por un amor desgraciado, el pobre Falerni era ya todo él un corazón dolorido, porque aquella sensación de tristeza se había esparcido por todo su ser, llenándolo con su bruma que apagaba destellos, y alegrías, y ambiciones.

Enamorado locamente de una niña, mientras estaba la compañía en Lisboa, se lo había entregado todo, cantando admirablemente con toda su alma en la voz mientras duró la temporada, frenetizando al público que lo aclamaba noche á noche, delirante, proclamándole el más grande artista, sin comprender que sólo era un gran corazón que deponía ante una mirada de mujer su montón de glorias.

Rechazados todos los empeños de amigos, desechado rudamente por la orgullosa familia con aquella frase que la preocupación social hace insultante cuando dice: "¿Es un artista!" Falerni opuso á su desgracia esa deseparación pasiva que llaman resignación, gran prerrogativa de las almas sensibles; y así, lleno todo con la bruma de tristeza que el desencanto había extendido sobre él como un velo, iba de aquí allá, arrastrado por las exigencias de la vida del teatro, como un cuerpo sin vida golpeado y llevado de un lado á otro por el oleaje.

Stradini le había cobrado cariño, viéndolo así, tan resignado, sufriendo en silencio, con ese valor tranquilo que rehuye toda violencia al encontrarse con la adversidad, reflejando en los ojos leales un mundo de tristeza, y devolviendo un "Scat" mudo y doloroso.

El otro quería rebelarse ante aquello. Con su orgullo de artista famoso, lleno con sus victorias, no concebía aún que un desdén pudiera hacer otra cosa que irritar.

Pero Falerni, con su voz dulce, contestaba siempre á las observaciones del amigo, sonriendo melancólicamente:

— *E il cuore; il cuore.*

El corazón. Stradini, sin afectos tiempo hacía, rotos todos los vínculos de familia y de patria, mareado por los aplausos que le enloquecían, que le que llenaban de orgullo, de inmensa alegría, no se daba cuenta de tal influencia.

Pero aquella mañana, al pisar el muelle, aquel viejo muelle de Montevideo, tan conocido y tan olvidado, sintió que se le humedecían los ojos y un estremecimiento en todo el cuerpo.

¡Montevideo, otra vez! Después de ocho

años de ausencia, después de ocho años de olvido, de mares, de turbulencias, vislumbradas grandes capitales en la vertiginosa carrera del artista, volvía á aquel pequeño Montevideo, que ahora, como si fuese grande, inmenso, le llenaba el alma.

Sintió un deseo vehemente, ansioso de verlo, de recorrerlo otra vez, de aspirarlo todo con su ambiente puro y tranquilo, de poseerlo nuevamente, encerrándolo en su espíritu, y huyó de todos, hasta de Falerni, conociendo que tenía demasiado con aquellas mil voces del recuerdo que gritaban allá en su memoria, golpeándole el corazón.

Allí había nacido Stradini; allí se había llamado Eduardo Estrada, un nombre oscuro para el mundo, pero que ahora le parecía lleno de luz, mucho más envidiable que aquel con que había recorrido la Europa.

La infancia, los amigos, la familia, el primer amor, que allí nació y no volvió á sentir más, todo, todo había dejado su perfume en aquella ciudad, á que después de ocho años volvía extranjero, solo, entre un montón de histriones, sin afectos, con el alma vacía.

Lleno, inundado de una melancolía infinita oprimente, recorrió la ciudad, alegre, clara, encantadora siempre. En ella había ocupado una posición social, había sido algo, considerado, atendido como todos, cuando la juventud hermosa, los veinte años, le ofrecían un porvenir, hasta que aquel disgusto con su padre, que su orgullo no pudo soportar, le arrojó al teatro, que siempre le había atraído con sus fatales engaños; y abandonó todo con una compañía de paso, cambiando para siempre su nombre, su vida, su porvenir, deslumbrado por el espejismo de lo falso, de lo artificioso, que hacía aparecer insignificante lo verdadero, lo que valía mucho más.

Y al pasar por una esquina, viendo aquel cartel en que grandes letras rojas anunciaban *Otello*, interpretado por el célebre tenor Stradini, pensó con amargura que aquel célebre tenor era ahora un desconocido allí; que á poderlo, cambiara aquel nombre y y aquella celebridad que le sedujeran en un tiempo, que le arrastraran á una locura, por volver á llamarse Eduardo Estrada, por aquel nombre oscuro y vulgar.

¡Solo! Experimentaba la infinita tristeza del que llega á un país en que no le espera un solo afecto, hallándose aislado entre tantos. En Venecia había recibido la noticia de la muerte de su padre. Sus antiguos amigos, ni pensó en verlos. Sentía algo de vergüenza, y la frase con que la sociedad desechara al pobre Falerni: "¿Es un artista?" acudía á su mente y le entristecía más.

Su amor perdido, olvidado, aquella niña que oyó sus primeras frases, los primeros arrullos del corazón enamorado... ¿dónde estaba todo eso? ¿Cuánta distancia había ahora entre ella y él! ¡cuánta! Era lo único que había querido así y lo que más fácilmente había abandonado. ¿Qué tristeza! El, que lo había sido todo, sería ahora nada para ella! ¡Todo perdido!

Huyó á encerrarse en un hotel, tropezando en cada esquina con las rojas letras que anunciaban *Otello* interpretado por el célebre señor Stradini. ¡Stradini! No era él... Aquel nombre no era el suyo... ¡Ay, ojalá! No quiso ir al ensayo. ¡Oh no! ¡El teatro no!

Iban á actuar en el mismo teatro en que tantas noches felices pasara antes!...

Allí estaría su sillón, aquel sillón que le había dado en el diario cuando escribía crónicas teatrales, aquel sillón, siempre el mismo, que había llegado á inspirarle tanto cariño, y no se sintió con fuerzas para verlo; á la noche sería otra cosa; la gente le distraería.

Olvidaría todo, no llegaría hasta él el mundo de recuerdos que le acompañaban.

Desde allí había saludado tantas veces á los amigos, á las amigas... Allí había pasado noches dichosas, con su novia, cuando tomaba las butacas inmediatas para oír con ella aquel mismo *Otello* que ahora iba á cantar él...

¡Dios santo! ¡Qué triste!

Gracias á Falerni que, preocupado por su tristeza, le atendía cariñosamente, llegó á tiempo al teatro.

Pudo pasar sin que le importunara con sus recomendaciones el empresario, que volaba de un lado á otro, envuelto en polvo, entre los telones que caían y se alzaban, no habiendo tenido tiempo de preparar en la tarde la decoración del primer acto, como se acostumbra.

— *Non dimenticate niente eh? Attenzione. Quando il coro canta "Una vela, una vela!"... Attenzione li della barca!*

Los maquinistas gritaban por su parte dirigiendo la caída de los telones.

— ¡Basso!... ¡Pau basso!... Va bene così... ¡Guarda!

Stradini desde su camarín escuchaba todo esto mortificado, como si no estuviera acostumbrado á ello.

En la orquesta, entretanto, el pistón hacía recorrer el *la* que repetían los violines, entreverándose los sonidos como un caos de ideas en cabeza demente. En la escena se ensayaba el trueno.

Inclemente rompió la orquesta con aquel chirrido de racha que inicia la tempestad instrumental.

Stradini salió del camarín inquieto, temeroso por primera vez, golpeándole el pecho el corazón hasta hacerle creer que resonaba la deslumbrante coraza.

Aquel momento de la aparición en escena, ¡qué horrible! ¿Qué iba á sentir al ver otra vez el teatro aquel, lleno de gente como estaba, repleto, brillante, esperando al famoso artista que allí, encogido, sintiendo chuchos, miraba á Falerni cubierto con su capucha veneciana, cantando sus apartes con aquella indiferencia triste que le era propia y que ahora él le envidiaba lleno de miedo, de miedo de sí mismo?

De pronto sintió los tres *Euvia!* del coro que saludaban la aparición de *Otello*; de él! Le empujaron, y salió.

Todo su teatro de hacía ocho años, otra vez ante él! El mismo; los antepechos blancos, los empapelados oscuros, los sillones rojos... ¡los sillones! su sillón, cuarta fila á la derecha, aquel sillón que tantas veces había ocupado cuando era algo para toda esa gente para quien ahora era tan sólo un objeto de curiosidad, "un artista!" como Falerni!...

¡Qué amargura! Sus ojos no podían separarse de aquel sillón donde él se había sentado, al lado de su novia, del amor, de lo

dulce, de lo que encanta, y que ahora ocupaba un jovencito que conversaba con su madre, un jovencito como lo había sido él... ¡La juventud, la alegría, la madre!...

Un grito de victoria en aquel momento, cuando un nudo le oprimía la garganta y un océano de tristeza le llenaba el pecho! ¡Imposible!

La gran frase de entrada salió ahogada, cubierta por la orquesta, insignificante.

Y pasó, mientras los murmullos del público sofocaban los tímidos aplausos de la *claque*.

Dentro le esperaba Ballignoni, el empresario, mesándose sus largas patillas canosas, los ojos saltones, llenos de zozobra.

— *Ma... ch'è questo, caro?*  
— *Non só*, dijo secamente, y se encerró en sí mismo, hosco, desesperado.

Los alegres comparsas del brindis le distrajeran un momento. Falerni, con su hermosa voz, llena, sonora, dulce, salvaba la primera parte del acto, y al atacar con artístico brío las *cromáticas* descendentes del final, los primeros aplausos resonaron en la sala.

Mientras tanto, la Leordi y la Passani, celosas por las miradas de un político de talla y de dinero que las alcanzaran hasta los bastidores en que esperaba la primera su turno, venían como verduleras; y la casta y suave Desdemona escupía al rostro de la otra juramentos de carretero.

Stradini sintió asco de todo esto, ¡el teatro! ¡Qué engaño! Y él había cambiado su vida de joven por esto ¡por esto!

Cuando llegó el gran *duo* de amor sintió que su angustia renacía, más grande cada vez.

El debía decir, fingiéndolas, aquellas frases de amor que antes se repetían con los ojos, cuando, junto á él su novia, escuchaban en las palabras de *Otello* el himno eterno del amor inmortal, que tan bien comprendían ellos en aquel momento.

Y al sentir entre sus manos las manos frías y húmedas de la Leordi que le juraba amor, desfigurada por los afectos que de cerca, sudorosa como estaba, la hacían horrible, volvió á experimentar aquella sensación de asco, de aversión por todo el engaño y la farsa que hacen el teatro hermoso.

Y sin poder separar los ojos de aquel sillón, de su pasado, de su posición perdida, de sus recuerdos dulces, de lo que había sido en esa sociedad y lo que era ahora, midió la distancia que lo separaba de él y la encontraba tan pequeña; y tan inmensa!

Y sólo lució un momento su voz y asombró al público; cuando con el corazón en la boca, con toda la emoción de los recuerdos, cantó aquella frase de súplica, la frase que tan bien sabían y tantas veces repetían ellos en sus momentos de amor.

*Tale è il gaudio dell'anima, che temo, temo che più non mi sarà concesso quest'attimo divino nell'ignoto avvenir del suo destino!*

Y agobiado por la tristeza, ante la nueva y brusca atropellada de los recuerdos, escuchó cómo rompían los violines en el divino canto de amor pidiendo con los inmortales acordes un beso... un beso, un beso aún!

En los entreactos se encerró en su camarín.

escuchando el murmullo de los comentarios que su fracaso levantaba; toda aquella extrañeza del escenario, aquel desquicio de las ideas y de las convicciones, sin permitir que nadie lo viera, sabiendo que se respetarian sus caprichos de gran artista.

Y así continuó arrastrando durante cuatro actos su tristeza, ahogado por el llanto, siempre mirando, teniendo alma tan sólo para ese sillón en que leía su pasado hermoso, ya perdido, como él.

Sólo cuando llegó aquel adiós tan doloroso del segundo acto resplandeció un momento su genio y con sin igual expresión despidió todo, todo el pasado

Ora per sempre addio. sante memorie!  
Addio, sublimi incanti del pensiero!...

concluyendo con un

Della gloria d'Otello è questo il fin!

Que hizo estallar en aplausos al público, los primeros aplausos para él.

Pero después nada.

Cuando salió del camarín, apurado ya para entrar en escena, en el cuarto acto, se encontró con Ballignani, que cruzando las manos sólo pudo decirle.

— ¡Per Dio! ¡Per Dio!...

En tanto que los ojos saltones decían "¡Salvame!"

Junto a la puertecilla del foro, Falerni, triste cual nunca, le apretó la mano cariñosamente.

Aquella tristeza del compañero por el compañero le enterneció.

Los últimos acordes dulcíssimos, débiles, del Ave-Maria callaron, y entró él en escena por última vez.

Miró de nuevo al público, desde la penumbra oscura, y sintiendo otra vez aquella sensación de ternura que le produjera la actitud de Falerni, avanzó resuelto diciendo al acordarse de Ballignani: Le salvaré. Toda la escena de la muerte de Desdémona fué admirable. ¡Al fin!

La cólera huracanada de los contrabajos le enardeció y los aplausos resonaron aún sin dar lugar a ello la situación escénica.

Cuando al dar el primer beso rompieron otra vez los violines con el infinito motivo del duo, la acción dramática interpretada por él llegó a lo sublime.

Aquellas negaciones a la tregua que imploraba Desdémona fueron algo de sobrenatural.

Oh! io viva questa notte... No!  
Non ora... No! No!

Y cuando llegó la escena final, el público era suyo.

En la sala y en el escenario, adentro, se respiraba admiración.

Sonaron los acordes lígubres, y con una ertonación profunda, sombría, inmensamente triste, dijo su frase.

Ecco la fine del mio camin.  
¡Oh Gloria!...  
Otello fu!

Y la cimitarra cayó de sus manos, resonando en el silencio inmenso del teatro.

La tristeza se desbordaba de su alma, era él, no Otello quien cantaba.

Cuando se volvió para decir a Desdémona inerte, a su pasado feliz borrado por siempre

Sei tu... come reo pallido!  
e stanca, e musa e bella!...

no pudo más, y un sollozo desesperado reventó en su pecho, levantando una tempestad de aplausos, que siguieron hasta la escena de la muerte, dejando apenas oír el último verso cantado de un modo sublime.

Pria d' ucciderli, sposa... ti baciai  
Or morendo... nell'ombra in cui mi grazio  
un bacio... un bacio ancora... un altro bacio

Mientras en los violines estallaba por última vez el divino canto de amor llevando en los acordes inmortales la pérdida de todo lo querido, de todo lo que fué.

Un inmenso aplauso, entusiasta, espontáneo, grandioso, cubrió las últimas notas.

Pero Stradini no quiso oírlo. Apenas caído el telón corrió fuera de la escena entre el vapor de la admiración de entretelones, y después de cruzar unas palabras rápidas con Ballignani que, llorando, quería abrazarle, se encerró en el camarín, con el alma despedazada, comprendiendo que aquella noche había muerto el artista, que no podría ya cantar con un mundo de amargas en el pecho, que había perdido el amor a la carrera, que el pasado perdido por siempre lo mataba.

En tanto los aplausos, ruidosos, clamorosos, seguían llenando con ruidos de tempestad la sala electrizada, delirante.

Falerni corrió tras de Stradini para arrastrarlo a recibir la ovación, contento por vez primera, pero se encontró con Ballignani desesperado, loco, que a su vez lo buscaba.

— Va, va, Falerni, Parla con lo Stradini; va, tu; vedi, m'a detto che rescinde il contratto! Dio!

— ¡Me arruinará!  
Falerni sin saber qué pensar, corrió entre la multitud que llenaba el escenario haciendo comentarios, efervescente, insubordinado; y seguido por los aplausos que continuaban siempre entró al camarín.

— ¿Qué pasa? El público llama, pronto!  
Y Stradini, al verlo, estalló en llanto, en un llanto ruidoso, desbordante, y se precipitó en sus brazos.

Falerni al verle así llorar, cuando la gloria, eso que él adoraba, que lo enloquecía, llamaba en aquel momento con el bramido lejano de los aplausos, persistentes y furiosos, dijo asombrado.

— Pero ¿qué tienes?  
Y el otro, respondiendo con sus sollozos a la oración rumorosa que allá lejos se desataba, contestó lentamente.

— Oh ahora sí e il cuore, Fulcrni, il cuore!

ARTURO A. GIMÉNEZ.

### RIMAS

En un marco ovalado de alabastro  
vi dos bellas turquesas,  
que aprisionaba un aro entrelazado  
con oro, en finas hebras.

Semejando a esos nimbos que en día luminoso  
preaagian la tormenta,  
vi al rededor del marco contrastando  
una orla casi negra.

Era tu tez el diáfano alabastro,  
tu oscura cabellera  
la orla circundante; eran tus ojos  
las azules turquesas.

Al contemplarte así, estremecida,  
pensé: ¿también de piedra  
será su corazón? --- Mas en tus ojos  
vi asombrar una perla.

— Ah! exclamé arrepentida; la montaña,  
la pesada cantera,  
es la manta que cubre los volcanes,  
los fuegos de la tierra!....

ADELA CASTELL.

### LAS MELLIZAS

(PRIMICIA DE UNA NOVELA INÉDITA)

A José E. Rodó.

I.

Ya estaba arreglado.

Elisa y Carlota, las dos mellizas del doctor Carpantas, debían casarse la misma noche, siguiendo la línea de acción trazada por este jefe de familia, poco después del nacimiento de aquellos dos seres tan íntimamente unidos por los vínculos de la sangre y por una rareza de caracteres, tanto físicos como morales.

En el "Libro de familia" del doctor Carpantas estaba anotado el 21 de setiembre de 1878, día inicial de la estación hermosa del profumado dei fiori, como la fecha en que vinieron al mundo Elisa y Carlota, y desde sus primeros días de vida conquistaron la admiración de parientes y amigos en su ciudad natal, Montevideo, por la similitud de sus rasgos y una notable semejanza, aun en los detalles más minuciosos.

— ¡Verdadero fenómeno fisiológico!... sin precedentes en nuestro pequeño mundo científico, exclamaban, seriamente preocupados dos colegas de clínica del doctor Carpantas.

Don Régulo Martínelli y don Luciano Rodríguez, médicos de la Facultad de París, y radicados en su ciudad natal, Montevideo, contrajeron toda su atención y el alcance de sus profundos y bien meditados estudios a la investigación de una causa que les hubiera parecido imposible, si en las hijas de su compañero no hubieran visto desmentida la vulgar teoría de que no existen dos seres iguales en el mundo, según las textuales palabras de uno de esos galenos filósofos.

Pero el éxito no coronó los esfuerzos sobre humanos que hicieron en pro de esa investigación, pues por más que pretendieron hallar el quid buscándolo y rebuscándolo con las ansias de la curiosidad científica, por todos los rincones de sus almacenes de inteligencia, el resultado final fué una repetición del parturienti montes, algo parecido a la opinión de los famosos médicos del "Rey que rabió": en fin, una demostración evidéntísima de insuficiencia, sintetizada en las pocas palabras con que dieron cuenta de sus trabajos: "Non possumus".

Corrieron los días; muy pronto pasaron los meses, y paulatinamente los años con su

marcha lenta é inequívoca al través de la vida; poco a poco fué desapareciendo el afán de soluciones científicas, inspiradas por el notable parecido de las dos hermanas, y cedió el puesto a otro afán, más positivo, de fines más prácticos, al afán de admirarlas, de quererlas, de decirles que eran dos hermosuras, dos divinidades que, a haber existido entonces, hubieran trastornado al mismo Job, al paciente y resignado descendiente de Esaú, curándose las pestilentes úlceras de su cuerpo castigado por Dios.

II.

Antonio María Carpantas había hecho sus estudios en la Facultad de Medicina de Madrid, de la *medena del ibero león*, como calificaba a la hermosa ciudad un escritor contemporáneo, de la sangre de Prim.

Con repetidas felicitaciones de sus catedráticos, y proporcionándose el raro placer de no contar con una sola nota mala en la larga serie de sus exámenes, Carpantas había conquistado su honroso título de médico, que, simbolizando su contracción y su privilegiada inteligencia, representaba el coronamiento final de sus esfuerzos, el término de su difícil carrera, la victoria en una lucha ardua y desigual contra los misterios con que la naturaleza oscurece la vida orgánica de la humanidad, y que poco a poco la ciencia consigue disipar con los resplandores de su potente y creadora luz.

El doctor Carpantas había sabido siempre, como en la actualidad, dividir su tiempo razonablemente; así es que, para satisfacer sus justificados anhelos de conocer las literaturas universales, se dedicaba, leyendo poco cada día, al estudio de las principales obras clásicas, prefiriendo entre todas, aquellas en que su autor derrochaba más filosofía, ciencia de las ciencias que adoraba desde sus primeros pasos de estudiante.

*Tedium vitae!*... Sarcasmo! Para él eran una utopía esas palabras; el fastidio, ese "fenómeno absolutamente relativo," como lo llama Cané en sus "Charlas literarias," no podía morar en un organismo dotado, como el suyo, del afán de la sabiduría, del amor por el estudio, devorado continuamente por la sed de conocimientos científicos; en fin, con fuerzas suficientes para vivir immune de los ataques de esa enfermedad.

El doctor Carpantas no conocía el fastidio. Como Enrique IV, no sabía lo que era. Siendo un modelo de contracción en la vida científica, cualquiera diría que no le quedaba tiempo para divertirse, para figurar a la par de sus compañeros en los salones de nuestra bella aristocracia.

Muy lejos de eso.  
¿Cuándo, el doctor, hubiera dejado de asistir a un baile, a una soirée, ó a una cena del gran mundo?

Nunca. Para él era muy necesario cumplir con esos deberes sociales; y si, por la tarde, después de haber cerrado un tomo de Shakespeare, se entregaba completa y juiciosamente a resolver una incógnita médica, solo en su cuarto de estudio, por la noche se conducía animadamente en las tertulias adonde acompañaba a su señora y a sus dos hermosas gemelas, y era el objeto de la simpatía de

los demás contertulios, por su agradable trato, su porte distinguido y el atractivo magnetizador de su brillante y elocuente conversación, que tomaba los visos de divina cuando era sostenida con nuestras seductoras representantes del bello sexo.

Doña Josefa González, ó, como la llamaban familiarmente, Misia Pepa, era el reverso de la medalla. Grave en extremo, y muy monótona en sus conversaciones, llenas de intermitencias fastidiosas y de increíble laconismo, representaba en los salones el triste papel de insociable, y era, según la expresión de un escritor que frecuentaba los mismos recibos y que tenía la frase hiriente y satírica de *Tar*, un "espanta-gernos;" pero, en honor a la verdad y con la aprobación de todos, podía afirmarse que, no obstante esa criticable fama, no conseguirá ahuyentar a los dos estudiantes que, en busca del amor de Elisa y Carlota, esos dos ángeles terrenales que eran el encanto y la admiración de todos, se habían forjado una careta de bondad en el rostro de la que querían nombrar su mamá política, y con una abnegación digna de tan buen premio, arrostraban todos los peligros con que, seguramente, Misia Pepa, para justificar el tan gastado *dis* que condena a las suegras infaliblemente (confieso que no lo creo) una maldad sin límites, les haría más escabroso el camino de la vida, y oscurecería un tanto el cielo de felicidad en pos del cual corrían.

Vamos a aprovechar el momento en que el doctor, la señora y sus dos hijas se encuentran en el espléndido baile que da en su palacio de la calle Cerrito el señor David Johnson, antiguo banquero inglés, radicado desde hace veinte años en Montevideo y relacionado con la *crème* de nuestra culta sociedad.

ALFREDO VARZI.

### MINUCIAS

ALTER EGO

Llevo en mi ser interno un enemigo  
ó otro enemigo aliado, la pasión;  
donde quiera que voy él va conmigo;  
cual á un verdugo lo odio y lo maldigo...  
¡Oh si pudiera ahogarte, corazón!

HOJA EN BLANCO

El alma juvenil tiene la alburita  
nitida de un armiño,  
el honesto impudor de la lecura  
y la inocencia virginal del niño.

EL LECHUGUINO

En la fauna animal  
forma excepción al todo natural.

Como muchos cuadrúpedos humanos,  
anda en dos pies y cuenta con dos manos.

No podría Cuvier analizarlo  
ni tampoco Lamarck clasificarlo.

Viste con elegancia y donesura:  
lo que en él vale más es la postura.

Amigo de extranjeras garabatas,  
oculta las pezuñas con polainas.

Si en su vida jamás logra ascender  
es porque... ¡No sabe descender!

La pasión es su dios; la vestidura  
el culto de tan culta criatura.

Adora algunas veces al dios Baco  
y oficia de galán el muy bellaco.

Si es gallo entre las pollas, se acocina  
entre hombres, y entonces es gallina.

En la fauna animal  
forma excepción al todo natural.

Como muchos cuadrúpedos humanos,  
anda en dos pies y cuenta con dos manos.

OMNIPOTENCIA DEL AFECTO

Si en la tregua dolosa de la vida  
la flor de la ilusión dulce y querida  
se marchita, no cejes, corazón:  
que hay corazones secos que al conjuro  
del sentimiento puro  
florecen cual la vara de Aarón.

LA VISIÓN DE ABYDOS

Ante el desquicio que en el mundo impera,  
que atrista el corazón y que lo pasma,  
una duda la mente dilacera:  
¿podrá ser la justicia una quimera?  
¿no será la virtud más que un tantum?

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

### GUITARRA Y LATÍN

A mi distinguido amigo  
Francisco Costa.

Era en esos días, de terrible fiebre estudiantil que se enseñorea de la Universidad en el período de los exámenes. Veíanse por todos los rincones rostros adustos y pálidos, cuerpos nerviosos é intranquitos, movimientos precipitados y violentos. Como si anduvieran azogados, los pobres muchachos no se estaban dos minutos quietos en el mismo sitio; iban, venían, trepaban las escaleras, se colaban en la biblioteca, sentábanse, formaban corrillos, hacíanse preguntas con verdadera desesperación, y de pronto se disparaban como saetas, sin saber dónde, pero sí a agregar a otro grupo, subir otras escaleras ó formular la misma pregunta. Todos tenían la cara terrosa y los ojos enrojecidos por las últimas noches pasadas en claro; todos vestían con un descuido lamentable que revelaba otra profunda y más seria preocupación que la de sacar bien hecho el nudo de la corbata ó cuidar que no hicieran *rodilleras* los pantalones; todos tenían las mismas preguntas en los labios, que repetían, casi inconscientemente, á cada recién venido:

— ¡Che! ¿Qué tal está la mesa?  
— ¿Hay muchos bombazos, fulano?  
— ¿Cómo es la fórmula general de las ecuaciones de segundo grado?  
— ¿Qué tal salió el indio Fernández?  
— ¿Estás fuerte, hermanito?  
Por lo regular, las respuestas seguían el mismo diapasón:  
— Están *bravos* los examinadores; — 12 reprobados de una hornada! — Hombre; esa preguntita tampoco la sé; vamos a preguntarla á aquel... — Yo estoy *flajado*...  
Y así por el estilo.

En otros grupos aun quedaba vida para discutir acaloradamente.

— Les digo á ustedes que el bombazo de López es una injusticia... —Estás macaneando! Si no contestó nada. Y las voces crecían, se alzaban furiosamente, "rajando" unas veces á los examinadores, las otras al estudiante.

De pronto, se acercaba un rostro de moribundo al grupo; pero notando que la discusión aquella no daba una respuesta á la pregunta que á él lo martirizaba, íbase taciturno y nervioso á buscar á alguien que lo salvara del apuro.

Otros estudiantes paseaban el patio á largos trancos, devorando, sin tomar aliento, las páginas de un libro fregoteado y casi roto, cuando no se aislaban, buscando los rincones para releer algún apunte y "hacer memoria".

En el corredor también se veían jóvenes inquietos, paseando precipitadamente en un interminable ir y venir; y dándose á sí mismos la lección, en voz alta, sin importarles un bledo el que los oyeran ó llamaran sus compañeros.

Y allá arriba, en la puerta del salón donde se rendían los exámenes, otro grupo más numeroso oía, comentaba lo que pasaba dentro. Ya se decía que fulano había rendido un espléndido examen; y ya que mengano había estado escandaloso. Otros recordaban años pasados, teniendo aún coraje para referir anécdotas: que Gay-Lussac era el inventor de los globos; que Sócrates había muerto de un disgusto y César de un balazo; que el Amazonas desagua en el mar Caspio ó que el cloro es un compuesto del hidrógeno, y otras barbaridades del mismo jaez que muchos estudiantes habían soldado en la silla del martirio. Los de más allá hacíanse preguntas los unos á los otros, aguzando la memoria, balbuceando, todos temblorosos; la mirada fija en el vacío, como si por allí anduviera el malhadado texto de clase. Y se recordaban también los episodios del año, las amenazas del catedrático, las borricadas de algunos muchachos, los bochinchés que ahora pagaban caro. Se citaba á tal ó cual, como estudiante modelo; discutiéndose la nota que iba á sacar; y si tenía ó no suerte en las bolillas que le habían tocado en años anteriores. Decíanse, entre sí, que estaban muy flojos, á lo que regularmente se contestaba:

— Dejate, chico. Ya quisiera yo estar tan bien como tú.

— ¡Estás fresco! Yo no sé nada.

Y éstas felicitaciones adelantadas eran dichas por egoísmo; por oírle decir á aquel á quien se daban que era uno el que se hallaba bien.

Por intervalos se oía la campanilla llamando al bedel ó al secretario para leerle la nota al examinado; y entonces salía éste del salón, todo tembloroso, como á ciegas, sin ver á nadie, todavía conmovido por la tremenda prueba. Y allí no más se le felicitaba en silencio, por si acaso; se le daba valor: — "No tenga miedo, hombre; ha contestado bien. Por lo menos le dan dos nueves." Y entretanto, allá adentro, cuchicheaban los examinadores, como si se gozaran en prolongar el martirio del pobre chico.

Después se oía el ruido espeluznante de los puntos de hueso cayendo en la fatídica copa

de madera negra. Pero todavía duraba algunos instantes la terrible espera: el bedel escribía con calma la nota en la lista; después se alzaba y su voz firme rasgaba el hondo silencio:

— Don Fulano de Tal, bueno por unanimidad con un voto de sobresaliente: dos nueves y un diez.

Aquí estallaba la bomba. A los gritos y frases de felicitación agregábanse los apretones de mano, los abrazos y las palmadas formidables descargadas sobre la espalda del examinando feliz, que ni las sentía ni daba con una palabra para agradecer.

— ¡Gracias...! qué! no es nada... No vale la pena...!

— ¡Cristo, si valía! Allí estaban todos ellos que le envidiaban su nota y su satisfacción de verse libre de la prueba. Y mientras el estudiante repetía hasta el cansancio lo que le habían preguntado, oíase la voz del bedel, en el salón, llamando á otro por orden de lista; y muy poco después, el ruido de las bolillas en el maldito globo indicaba que alguien estaba en el suplicio.

Pero donde la emoción reinaba con más fuerza era allí dentro de la sala, entre los que presenciaban los exámenes. Iban allí por ver á los amigos, para convencerse si la mesa estaba brava ó no; y otros por aprender lo que no sabían bien, si por casualidad llegaban á preguntar al compañero: Un profundo silencio reinaba en aquel recinto, que presentó más sustos que estudiantes hay en todo el globo, silencio tan sólo interrumpido por la voz grave de los examinadores y la temblona y pastosa del examinado.

Los otros muchachos escuchaban con atención, y á veces, volviéndose hacia el compañero que tenían al lado — que tal vez fuera un desconocido — decía uno:

— ¡Caramba! No saber eso que le preguntan!... Si me lo preguntaran á mí... O bien:

— ¡Que leche (suerte) la de éste Fernando! Mire qué preguntas tontas le están haciendo!...

Y otras veces:

— ¡Diablo! Lo están embromando! eso yo tampoco lo sé bien... Y el que esto murmuraba, salía disparando como una flecha hasta meterse en la biblioteca para embarrullarse aún más la cabeza, tratando de aprender en cinco minutos lo que había descuidado en el año.

\*\*\*

Cándido Rosales no era el que menos emoción sentía de entre todos los estudiantes. Lo que es á él le sentaba como una patada en la boca del estómago cada reprobación que hacía la mesa examinadora. Por eso andaba solo, taciturno, todo angustiado, con un amargor en la boca que le daba fiebre, tembloroso é inquieto. No podía hallarse bien en ningún sitio: salía á la puerta de la calle, entraba á la biblioteca, se metía por todos los huecos ó se despeñaba por la escalera. A todos interrogaba y á nadie comprendía. Su rostro, de un color amarillo, se tornaba á veces morado, respirando miedo por su boca contraída; sus ojos estaban inyectados de sangre; un miedo cerval le ponía una bola en la garganta y le oprimía el pecho.

También la cosa no era para menos. Iba á dar examen de latín, 1.º y 2.º año, y la mesa se mostraba severa. Ya los muchachos habían ido al bombo. No era un muy tranquilizador todo aquello.

Y más para él, que se había descuidado al go. La culpa era de la guitarra. ¿Quién diablos le había metido la idea de aprender á tocarla? Pero no; hay que reconocer que es cosa bonita y entretenida tocar ese instrumento, compañero inseparable de nuestros gauchos. Y sobre todo como la tocaba él. En eso sí que no tenía un bombazo! Si supiera ahora tanto latín como preludiado un cieliño ó cantar una milonga... Pero es el caso que en ese instante debía olvidar la guitarra; y casi casi se arrepentía del tiempo que le dedicara durante el año. ¡Corcholis! Si lo hubiera empleado, la cuarta parte de él siquiera en estudiar ese maldito latín, ahora no se vería asediado por aquellas angustias. Y por eso se paseaba por todas partes, tratando de borrar el recuerdo de todas las canciones que sabía y de llamar á su caletre algo de la ingrata asignatura.

— ¡Vamos á ver! — murmuraba recorriendo de arriba abajo todo el patio — ¿cómo diablos son las reglas...? A ver si me acuerdo.

— Todo nombre de varón. Propio de viento, de mes...

Pero al llegar aquí, otra memoria más agradable se enmarañaba con la que le hacía falta, y ese nuevo recuerdo, como es natural, conseguía en él el triunfo, hasta que, casi inconscientemente, continuaba:

— Oh, sí! dulcísima Inés. Espejo...

— ¡Sí, bonito espejo éste en el que ahora me veo! De lo que debo acordarme no me acuerdo, y las canciones ¡zas! me salen en seguida. A ver si diciéndolo de corrido "largo todo elazo".

Y repetía sin tomar aliento:

— Todo nombre de varón. Propio de viento, de mes...

— Y... y... y... Será que voy á salir de nuevo con Inés? ¿Para qué mil demonios habrá escrito Zorrilla el Tenorio? No; pero no es de él la culpa. La culpa es del infame que inventó el latín. ¿Para qué se habrá inventado el latín, vamos á ver? Para embromar al estudiante, no hay duda. Y pensar que antes los romanos hablaban todos el latín!... Si serían bestias!... No, pues lo que es yo los ahorcaba á todos ellos y al que escribió los libros y á los que les gusta la materia... ¡Mire usted que gustar el latín! No, si esto no tiene asidero... Todavía si dijeran la guitarra... Por lo menos es divertido y se pasan las horas alegremente, sin quebraderos de cabeza y aprendiendo con facilidad los versos.

— ¡Diablo! Y lo que es á mí no me falta memoria: la prueba es que me sé una cantidad de canciones que no cabrían en un baúl. Pero ahí está la cosa: son divertidas, fáciles, ¿que sé yo! Por ejemplo, aquellos versos que empiezan:

— Yo tenía una palomita Ajena en mi palomar...

— Pero ¿qué sé yo bestia? Tengo que dar exa-

men y me estoy con cosas... ¡Ahí está! ¡Ahí está! De lo que me debo acordarme ahora es de lo que me acuerdo... ¡Vamos á ver; aquellos versos que son excepción á la regla... ¿Qué regla es aquella, Dijo mi? Oye tú, Rodrigo, ¿qué regla es aquella que tiene por excepción á los verbos

Ego, indigeo, vivo, potior, Supercedo, mitior, fungor, Vescor con pluit, seateo, etc?

— ¡Hombre! Yo qué sé — le dijo el otro, que se estaba también pasando las de Caín.

— ¡Maldito sea!... Y yo que sé todos esos versos de verbos, porque los cantaba para aprenderlos con la guitarra... Bueno, bien es verdad que es el examinador quien me dirá la regla para que yo le conteste las excepciones. A ver si me acuerdo de lo primero

— Todo nombre de varón. Propio de viento, de mes...

Ello era inútil. De lo único que se acordaba era de la palomita que tenía en su palomar. ¡Maldita guitarra! Si la tuviera ahora allí ¡la haría mil pedazos! ¡Mire usted que cuando quería acordarse de las lecciones de latín, sólo recordaba milongas y estilos y pericones!

— ¡Che, ¿qué número tenés tú? — díjole uno á Cándido.

— Yo? Número 34.

— ¿Vas á dar ahora?

— ¡No sé. Estoy por perder el turno.

— ¡No seas batuta, hermano. Largá cuanto antes el susto...!

La verdad es que él no sabía qué hacer. Perdiendo su turno tendría tiempo de repasarse algo. ¿Pero qué? Hubiera tenido que repasarse todo, porque lo único que ahora le revoloteaba por la cabeza era la palomita.

Y entretanto el momento se aproximaba. Se decidió de pronto, y entró en el salón. Una vez allí, sintió que las fuerzas le faltaban. Un temblor sacudía sus manos; la fiebre le zumbaba en los oídos y no tenía saliva para despegar la lengua del paladar. Parecía que faltaba allí aire, y un malestar indefinible invadía su cuerpo. Ya no se acordaba de la guitarra ni de la paloma, pero tampoco del latín.

Estaban examinando á un amigo y le tenían un medio enredado. El pobre muchacho tartamudeaba, cambiaba de postura en la silla y no cesaba de retorcerse un casi invisible bigotillo con una constancia tenaz de ser inconsciente de lo que hace. Miraba á los examinadores como atontado á veces, otras como si quisiera extermecerlos.

La campanilla le sacó del potro. Se levantó rápidamente, y salió sin ver á nadie á su alrededor; á pesar de hallarse la sala llena de estudiantes: cogió el sombrero que le alcanzaba un cocompañero que no vio en su ofuscamiento, y en el pasadizo se encontró en el patio sin saber cómo. Una vez allí, latiendo precipitadamente el corazón, se quedó junto á la puerta para oír su clasificación, mientras arrebata un cigarrillo con dedos temblorosos.

— ¡Regalar por unanimidad, con tres síes. — dijo el bedel.

Un peso inmenso dejó de oprimirle, y en medio del algarada que hacían sus compañeros, y a la vez del susto, empezó su protesta:

— ¡No, no estoy contento... Yo he estudiado mucho, y ahora me salen con esa nota asquerosa... A fulano, que estudió menos que yo, le dieron tres nueves...

— Don Cándido Rosales, — llamó el bedel dentro del salón.

El no hubiera podido decir cómo fue hasta la silla, frente á los examinadores. Fue un movimiento involuntario, automático, como el del reo que marcha á la picota. Y en medio del largo silencio que tanto á él le espantaba ahora y que era su mayor martirio, dijo el catedrático:

— Traducción: Egloga primera de Virgilio.

Abrió lentamente el libro, sintiendo que las fuerzas le abandonaban. Después, con voz desfallecida, empezó á leer:

Tityre tu patula recubans sub tegmine fagi Silve trementum iuvant meditari avena...

Pero ¿qué condenado idioma era aquél? ¿Qué querían significar aquellas palabras salvajes? ¿Cómo construiría? ¿Cuál era el sujeto, cuál el verbo, cuál el atributo? ¿Por qué esos malditos latinos no escribían por orden, y si saltaban las palabras, obligándole á uno á veces á ir á buscar el sujeto de la oración al final de la frase? ¡Dios mío! Él estaba allí como delante de un jeroglífico egipcio, sin saber lo que hacerse... Fagi...? se trataría de alguna faja? Lo que mejor entendía era el Tityre, el nombre de un pastor, y el silvestrem, que debía ser silvestre. En cuanto á meditari avena no lo sabía, aunque se sospechaba que Tityre, el de la faja, estaba meditando en la avena... Pero, ¿por qué no recordaría la traducción que en las clases se habían hecho?

— La egloga primera de Virgilio, ¿no es eso? — repitió el catedrático, viendo el silencio de Rosales. Y como para animarle, tradujo: — Oh, Tityre, tú recostado á la sombra de una copuda haya...

¿Por qué no concluía? Lo que es él, Rosales, maldito si sabía de aquella traducción á cuáles palabras latinas correspondían. Estaba completamente desorientado. Por último, le mandaron traducir Cicerón, lo único, tal vez, que sabía regularmente.

Allá en la puerta unos muchachos hablaban casi en voz alta. ¡Felices de ellos! ¡Cuánto les envidiaba Rosales! No estaban ahora pasando aquel trago amargo. Porque él nada le tendrían compasión. Y el Cándido Rosales, tan altivo siempre, deseaba ahora humillarse, parecer débil, para que le compadecieran: un momento tuvo ganas de llorar.

— ¿Sabría usted declinar Musa, musae? — preguntó el examinador.

Lo que él hubiera sabido decir entonces era:

— Musa jinetazo ¡jijuna! Como creo que no hay otro Capaz de llevar un potro; A sofrenarlo á la luna...

La maldita cuarteta se le incrustaba en el cerebro con el acompañamiento de la guitarra y se repetía al infinito. Un cuchicheo detrás de él le despertó. ¿Era que le estaban "soplando"? No, no podía ser; no estaba en la clase. Allí tenía que bastarse á sí mismo. Y entonces hizo un esfuerzo gigante de memoria, ese esfuerzo que sólo se consigue en tales momentos.

— ¡Nomine, Musa; Genitivo, Musae; Dativo, Musae; Acusativo, Musam; Ablativo, Musa; Ablativo, Musa...!

Fuera se veían siempre los muchachos descoloridos. Sin embargo, había sonreían tranquilamente mientras se fumaba su cigarrillo: era los que habían pasado el día, — según la frase consagrada.

— ¡Mira á aquel que está allí charlando, — dijo uno de los estudiantes; — ése sí es ti-gre. Seguro que se saca los tres sobresalientes.

— ¿Y los otros dos que están con él?

— ¿Qué decís? — agregó el otro. — Esos bárbaros se matan estudiando desde principios de año...

— ¡Oigan; ¿qué tal tratan á Rosales? — preguntó un tercero.

Se aproximaron un poco para oír. Uno de los examinadores repetía con voz breve y cansada su pregunta:

— Conjugue usted el pretérito pluscuamperfecto del verbo deponente solor, solari, solatus.

— ¿Del verbo solor? — preguntó con voz llena de pavor el pobre Rosales, como quien oye hablar por vez primera de una cosa cuya existencia se ignora.

— ¡Vamos; le ayudaré á usted. — dijo el examinador, tal vez conmovido por aquellos ojos de carnero degollado que le ponía el misero examinando. — Solatus, solata, solatum erant ó fuerant...

Pero ni por esas. Rosales aguzaba en vano su memoria. ¿El verbo deponente solor? Pero ¿cómo diablos iba á conjugarlo si empezaba por no saber lo que era eso de deponente? ¿Y en qué parte del texto estaría ese verbo que él no lo recordaba? ¿Solor? ¿Solor? No; era inútil; no paba pie en bola.

No veía ni oía nada. Los oídos le zumbaban implacables y sus ojos se fijaban tenazmente en la copa de ébano que estaba sobre la mesa. ¡Esa copa! Ella sola parecía existir para Rosales; lo demás no lo sentía ni afectaba sus sentidos. Con movimientos automáticos estrujaba el pañuelo entre sus manos temblorosas, y pisaba las flores de la alfombra, una después de otra, con matemática regularidad. Tenía el paladar seco, ardiente, como lleno de polvo.

Dos examinadores cuchichearon un rato. ¿Qué se dirían? ¿Se ocuparían de él? ¿Irían á reprocharlo? No; ellos no serían tan malos; le tendrían compasión. Y el Cándido Rosales, tan altivo siempre, deseaba ahora humillarse, parecer débil, para que le compadecieran: un momento tuvo ganas de llorar.

Pero ya otro catedrático había cogido el programa, y le preguntaba:

— ¡Vamos á ver algunas reglas de cantidad. Usted sabe que la preposición pro es larga en las dicciones latinas y breve en las griego-latinas, ¿no es eso?

— ¡Sí, señor. — contestó con voz pastosa y arrastrada Rosales, sin saber un ápice de lo que se trataba y previendo que no iba á dar con la respuesta, aunque aún no conocía la pregunta.

— ¡Muy bien, — prosiguió el examinador, mirando al techo y jugando suavemente con la cadena del reloj; — ahora va usted á declinar las excepciones de esta regla. — ¿De qué regla, Dios mío? — preguntó



preguntarse Rosales, en cuyo cerebro no habitaba en ese instante ni un adarme de memoria. Y, lentamente, con voz imperceptible, murmuró:

— No he entendido bien la pregunta. El terrible juez volvió a formularla, y se quedó mirando al estudiante. Después agregó:

— ¿No recuerda usted cuándo el pro es breve?

¿El pro breve? ¿El pro largo? Pues para él, Rosales, siempre era lo mismo; maldito si sabía de esas distinciones; casi casi hubiera jurado que esas cosas no estaban en la gramática. Su cerebro trabajaba enormemente, pero de un modo inútil: no sacaba nada en limpio. Y fué la voz del cate-drático la que volvió a resonar en el amplio salón.

— Diga usted. ¿No será breve el pro en las palabras que derivan ó se componen de Fundus, Fugio, For, Festus? ...

Un rayo de luz, brotado de quién sabe qué apartado rincón de su cabeza, iluminó á Rosales. Y en caracteres negritos, con pequeños acentos sobre las o, le pareció ver en el texto estas líneas de verso:

Procella, Propero, Prúens,  
Procul Propinquus, Protervus; ...

y entonces, precipitadamente, con loco afán de demostrar que algo sabía, dijo:

— ¡Ah! sí; ¡Claro! Y es larga en Pró-cella, Própero, Procus ...

Iba á continuar, cuando el examinador le detuvo;

— ¿Dice usted que la preposición pro es larga en esas dicciones?

Rosales hizo que meditaba, y, tan ignorante como antes, contestó:

— ¡Ah! no señor; es breve.

El examinador quiso saber si lo sabía de cierto, y dijo:

— ¿Breve? ¿Está usted seguro?

No pudo contestar: ¿Sería larga? ¿sería breve? Ahora la memoria volvía á abandonarle. ¿Por qué no recordaría aquello? ¡Y él, que iba á soltar todo el chorro! Si, no había duda; aquel examinador quería embromarlo á la fuerza. ¿Por qué, sino, le embarullaba con esas cosas tan difíciles, cuando él empezaba á encarrilarse? Un arranque de rabia sorda le sacudió en la silla. Quiso, sin embargo, hacer un postrer esfuerzo; pero allí, en el fondo de sus oídos, una música confusa al principio, más distinta luego, empezó á modular:

"Yo tenía una palomita  
Ajena en mi palomar" ...

No; estaba visto. No tenía suerte. Lo iban á reprobar seguramente. Sin embargo... ¿quién sabe! Todavía podrían hacerle otras preguntas, y si él las contestaba bien...

La campanilla, agitada por el presidente de la mesa examinadora, le dejó frío. ¿Cómo? ¿Había pasado su tiempo? ¿Tan pronto? Pero, si cuando él veía examinar á otros compañeros los minutos se hacían horas...

Un grupo de estudiantes se había reunido en la puerta del salón para oír la nota.

— ¿Qué tal? — preguntó uno de ellos.

— ¡Hum! — contestó Rosales, asiéndose

desesperadamente á una postrer esperanza.

— Yo creo que me embroman...

— No seas zozno... Esperate...

Sí, esperaba allí, concentrando todo su ser en el oído, el pecho tembloroso y mor-diendo inconscientemente una punta de su pañuelo. El bedel leyó:

— Don Cándido Rosales, desechado por mayoría con un voto de regular...

Nadie dijo una palabra. El, el infeliz, salió ligerito, temiendo estallar en sollozos.

— "Reprobado", "reprobado", — repeta en la calle, cual si la voz del bedel le persiguiera dentro de sí mismo. — "Reprobado"... ¡Mal rayo!... Y aquellos animales de examinadores, ¿por qué lo reprobaban á él?... ¿Qué iba, ahora, á decir en su casa?...

Marchaba apresuradamente, con fiebre en el cerebro, y el paladar todavía seco y pegajoso. De pronto su corazón tuvo un arranque, y quiso él mismo castigarse para borrar su falta:

— No; lo que es ahora, me prometo estudiar desde el principio del año... Y todo esto es culpa de la guitarra... ¡Porquería!...

Pero allí en el fondo de su ser, bajo, muy bajo, como si llegara de muy lejos, la guitarra cantaba burlescamente:

"Yo tenía una palomita  
Ajena en mi palomar" ...

Victon PÉREZ PETIT.

1890.

ANTES DEL BAILE

(MONÓLOGO)

Debido á la indiscreción de un amigo, podemos ofrecer hoy á nuestros lectores una composición literaria de la señorita Castana Flores, que, de un tiempo á esta parte, viene distinguiéndose por sus felices disposiciones y relevantes dotes de escritora. Por exigirlo nuestro programa, no hemos podido conservar el pseudónimo con que firma todos sus trabajos la señorita de Flores. Al hacerlo así contamos con que la inteligente literata sabrá disculpar la injerencia de su admirador.

(Aparece una joven sentada en un sillón en actitud meditabunda. Al cabo de un minuto se incorpora y hace como que escucha las campanadas de un reloj).

— Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez!

Hora y media que pienso, ¡ludo y no me decido. ¿Cómo es de fastidioso eso de estar dudando!

¿Ma resuelvo, ó no me resuelvo? Ya es necesario que lo haga (piensa). Para entrar á las 11 1/2 al Club me queda apenas hora y media. ¿Iré? Sí, voy, voy; ésta ha sido mi primera opinión. Tengo ya todo pronto, no sé, pues, por qué vacilo.

Mi traje, que es lo principal, está ahí en mi cuarto, en el sofá; ¡Y qué lindo está! Sólo por lucirlo vale la pena de que vaya; de todos los que he tenido es para mí el más elegante. La cola es un poco larga, y seguro que me la pisarán. Bah!; qué importa! Trataré de manejarla bien. ¡Es tan chic erguir el cuerpo, levantar la cabeza, y echar con el pie la cola hacia atrás. Voy, pues, al baile del Club; iré á vestirme (hace ademán de levantarse; luego se vuelve á sentar).

Pero... allí estará él y vendrá derecho á mí, y con él tendré que salir, y me interrogará, puesto que hoy allí he prometido contestarle; ¿Qué me importa! le diré que no.

¿Cómo me atrevo, si mi ida es ya una contestación? ¿Si sé que soy yo quien tengo la culpa de que crea que puedo corresponderle? ¡Maldita coquete-

ría! ¡Y yo que me decía siempre que nunca sería coqueta! Pero á una la obligan, esa es la verdad. Yo quería saber si valgo algo, si puedo haber hombres que se ocupen en mí, porque esto me halaga y satisface en algo mi amor propio herido por... por ese ingrato que tanto me ha hecho sufrir. Oh! sí, sí, voy al baile, y después... suceda lo que suceda. Si se trata de compromiso, me comprometeré, y una vez que haya dicho que sí ya no retrocedo.

Si veo que me quiere seriamente, será seré yo, porque tengo palabra, y una vez que la empeño la cumplo. Yo no lo quiero, esa es la verdad. Pero ¿por qué no lo quiero? Es tan buen mozo, tan formal (diez años mayor que yo), como soñaba siempre que fuera el hombre á quien quisiera! ¿Qué más ambición, pues? Sí, voy al baile; y si quedamos arreglados trataré de quererlo. ¡Parece que me quiere tanto! Pero ¿puedo yo creer? El otro ¿no me quería también, y no rompí conmigo? No, no, no puedo creer en el amor de los hombres. Un hombre que dice que quiere me parece sencillamente ridículo; ridículo y malo, porque engaña y finge una cosa que no siente.

No voy, no voy, no quiero nada de compromisos, ni quiero saber tampoco nada con los hombres (piensa un rato). Ahora, como todas estas últimas noches de teatro estubo en el palco conmigo y ya me daban bromas con él, mis amigos dirán que me ha dejado, porque, eso sí, ellas no entienden nunca que sea una la que diga que no. ¿Y el otro creará que yo hago duelo porque he roto con él? Eso no, no lo quiero. ¡Maldita coquetería! Si yo no hubiera coqueteado con éste, haciéndole creer lo que no es, estaría esta noche muy divertida, bailando con todos los que me sacaran, sin preocuparme de tener ó no que dar contestaciones definitivas á nadie.

Vamos, pronto, una resolución; voy ó no voy? (dudando). Yo no sé qué hacer. Si voy, luzco mi traje, que es muy lindo, doy golpe paseándome casi toda la noche con él, que es un buen mozo. Y después, cuántas rabiarán al verme sentada charlando en el saloncito japonés... porque ahí, con seguridad ha de ser donde hablaremos seriamente; -- pero me expongo también á venir comprometida con un hombre á quien no estoy muy segura de querer; porque, eso sí, con él no se juega; me ha dicho terminantemente: un sí ó un no. Si fuera un tanto, como me divertiría! ¿Qué boba soy! si fuera un tanto, ni siquiera me hubiera fijado en él! ¿Qué fastidiosos son á veces los hombres serios! No, no voy; quiero ser libre, libre para divertirme, libre para querer. Ya está; ¡no voy!...

Y mi vestido tan lindo, mi pantalla rosa que me compró mamá, los zapatos de tacón tan alto que me hizo Latrille, los areos de perlas que me regaló papá, mi ramito tan fresco, tan elegante, con hojas de helecho que me hizo Basso y me lo acaba de mandar recién! ¿Qué hago? ¿qué hago de todo eso? (piensa un momento). Ah! es imposible que no vaya. ¡Dios mío, cuántas vacilaciones! voy, y... si me habla me comprometo. ¿Qué he de hacer? ¡lloraré siempre el haber roto con el otro? ¡No! faltaba más! ¿A qué he de quererlo si él no me quiere? Y este llena todo mi amor propio y con el tiempo lo quiero. El amor propio es todo; el amor, el amor como lo entienden una, no existe; tengo que convencirme. Mis sueños de querer mucho y no ver más que al que se quiere y que él sólo sea para una todo el universo, son sueños de muchacha romántica, buenos para los quince años, pero no para mí, que ya los pasé, como que tengo veintidós. De ningún modo me sientan románticos. Voy, pues, al baile; y si habla y me pide un sí ó un no, le digo que sí (con resolución).

Si, con él me comprometo y con él me caso, y ya no puedo tener esperanzas de volver con el otro; con el otro, que es el primero y el único; ¡no volver más nunca, nunca!

No! quiero ser libre (con resolución), no voy al baile; comprenderá él así que fueron coqueterías, que yo no lo quiero y que me conservo libre para hacer de mi corazón lo que se me antoje, porque dos veces no se puede querer.

(Dándose vuelta como atendiendo á alguien que la llamara de otra habitación en voz alta).

¿Mamá? No te apures, no voy al baile, porque me duele horriblemente la cabeza. Qué dicha! he sido fuerte y he tomado una resolución.

CASIANA FLORES.

Á MI MADRE

Montevideo, Mayo 10 de 1895.

Señores Redactores de la REVISTA NACIONAL:

La composición adjunta pertenece á la inteligente y conocida niña María H. Sabbia y Oribe, que irá muy adelante en su camino literario, si progresa en grado relativo al éxito que le conquistan sus primeros ensayos poéticos. Sencillez, naturalidad y sentimiento: versos fluidos y sanas ideas: en resumen, esa difícil facultad que es tan raro encontrar en las principiantes, todo se encuentra en la delicada poesía "Á mi madre," que le ofrezco á la REVISTA NACIONAL, con el beneplácito de la autora.

Saluda á Vds. atentamente

RICARDO SÁNCHEZ.

Visten hoy cielo y tierra hermosas galas.

Al desplegar las alas tienden el vuelo, llenas de alegría, las tiernas avecillas, cuyo canto indefinible y santo

saluda tu cumpleaños, madre mía, ¡Oh! todo en torno nuestro, hasta las flores de nítidos colores

parecen regalarte, en su embeleso, sus más suaves perfumes. ¿No te fijas?... ¿Qué te darán tus hijas? Algo más cariñoso y dulce... ¡Un beso!

Santo y divino beso que del alma con inocente calma la profunda ternura simboliza.

Osculo de pureza, don del cielo que remontando el vuelo si llega al corazón, lo diviniza!

Hoy tus tres hijas, en un solo beso, sobre tu rostro impreso, confunden sus amantes corazones. ¡Oh! madre idolatrada, el triple lazo estrecha en un abrazo.

¡Dios colme nuestro hogar de bendiciones! ¡Dios colme nuestro hogar de bendiciones!

MARIA H. SABBIA Y ORIBE.

Abril de 1895.

VERSOS DE ALBUM

Más, mucho más en la mujer subyuga que la hermosa y el amor y el genio, La piedad, ese místico perfume

Con que su alma se impregnó en el cielo; La piedad, que es la lágrima que arranca El infortunio y el dolor ajenos,

Que es oración ferviente por el malo Y bendición y aplausos para el bueno, Ardiente caridad para los pobres,

Para el que sufre bienhechor consuelo, Compasión y cariño para el débil, Amor santo de madre para el huérfano, Abnegación, ternura y sacrificio,

Bálsamo suave, perfumado incienso Y caridad que las lágrimas restaña Y la sangre que el hombre va vertiendo.

JOSÉ SIENRA.

...QUE SE VENGA AQUI

El viejo Garonne, un pobre ciego asmático, achacoso, que todos hemos visto corretear por esas calles de Dios, arrastrando las piernas y deteniéndose á las puertas para cantar al són de una vieja guitarra romanza y tonadas juveniles, ha muerto, ha muerto sin saberse

cómo, de repente, como se deshace un copo de ceniza al menor desequilibrio de su naturaleza.

Llevaba siempre de lazarillo un rapazuelo de siete años, de nombre Amadeo, listo, travieso, muy amante de las confitures y de aporrear á los perros, esto último más por sus aficiones titiriteras que por su mal corazón. No había más que mirarle la cara y las manos para cerciorarse de estas dos debilidades. Lo que era boca y nariz, y hasta la frente, no era sino un extraño compuesto de tierra, saliba y melaza, con uno que otro limpión rojizo, causado por los refregones violentos con el dorso de la mano á fin de calmar el ardorcillo producido por las picaduras de las moscas. ¿Y las manos? Una miseria: hinchadas, amoratadas, llenas de mordiscos.

Decididamente, á juzgar por su aspecto, hubiera dado que pensar el destino que tendrían las monedas recogidas para el viejo Garonne, á no certificar él mismo su honorabilidad en una forma tan contundente como ésta:

— Un vintén — decía en voz alta. — ¿No es cierto, señora?

— Sí, un vintén. ¿Por qué lo preguntas? ¿Por qué lo preguntaba? ¿Está bueno! ¿Qué! ¿Acaso se creían que él era un pillete tramposo que acompañaba al ciego sólo para robarle? ¡Era más honrado que... que el presidente mismo!

Y al decirlo resoplaba, con el rostro ensendido, como dominado por un arranque conmovido y heroico.

¡Ah! es nada! ¡Más honrado que el presidente mismo!

El ciego le quería como si fuese su propio hijo, tanto por su paciencia y su cuidado al conducirlo, como por aquel fogoso aprecio de sí mismo, aquel exaltado sentimiento de su hombría de bien, que revelaba un gran corazón de niño, abierto á todas las valentías, á todas las abnegaciones. Lo único que amargaba un tantico al viejo Garonne era que aquel chico no fuese hijo suyo. Una vez terminada la gira diaria, íbase Amadeo á su casa, y el pobre ciego quedaba solo en su pequeña habitación, triste y abandonado. Pero no podía exigir más. Demasiado hacía la madre del niño en concedérselo durante todo el día; de todos sus antiguos amigos, esta buena mujer era la que hacía por él mayores sacrificios.

Hiciera viento, hubiera sol, con cualquier tiempo, aun con las duras inclemencias de la atmósfera, el viejo Garonne no dejaba nunca de salir á mendigar, con su eterna guitarra debajo del brazo, vacilante, dando traspiés, con la cabeza moviéndose de atrás adelante, cual si la llevase sustentada sobre un cuello blando y quebrado por la base. Cuando el lazarillo divisaba una casa de buena apariencia, deteníase á su puerta, y entonces el ciego no se hacía esperar. Colocaba en posición la guitarra y empezaba á cantar, elevando la cabeza, con las enormes gafas verdes mirando al cielo.

El canto se arrastraba lento, lamentablemente, detenido á trechos por desmayos de la voz y sofocaciones del cansado pecho, lleno de extortes y silbidos é incapaz de exhalar más voces distintas en una sola espiración. ¿Qué angustia, qué agonía aquella de pre-

tender manejar una voz exhausta, sin registros ni inflexiones, cuando el pecho y la garganta se niegan ya á obedecer!... Y era dolorosísimo, conmovedor, ver los esfuerzos que hacía aquel desdichado para emitir unas cuantas notas, en tanto que oprímia contra su pecho la vieja guitarra, sobre la que golpeaban sus manos temblorosas...

Llueve, llueve sin cesar. El ciego, en medio del frío y la tristeza de una mañana de otoño, canta su tonada favorita, interrumpido á cada paso por los encontrones de los transeúntes, los golpes de los temblores, las fatigas, todas las miserias de un cuerpo consumido por la edad y los sufrimientos.

... Y el que quiera tomar cosa buena, cosa buena, cosa buena, el que quiera tomar cosa buena, que se venga aquí.

Nadie le atiende, nadie le escucha; y la lluvia sigue cayendo, cada vez con fuerza, más copiosa, mientras aquí el pobre feliz, transido de frío, empapado, hecho una sopa, repite con voz lamentosa y apagada el gracioso canto del país del sol y de la pasión:

... el que quiera tomar cosa buena, que se venga aquí.

CARLOS LENGUAS.

Identificación de criminales

Sistema del Dr. Alphonse Bertillon

(Conclusión)

Si bien es verdad que en la práctica no ha sido hasta ahora y en diez años probado un solo error en los informes de la oficina antropométrica, no dejan de ser estas divergencias inevitables una objeción contra el sistema y una causa fundada de duda y desconfianza para el Juez que tiene que pronunciarse en virtud de esos informes. A salvar este inconveniente y á quitar toda causa de duda tiende la filiación por señales particulares que se agrega á toda filiación antropométrica, estableciéndose así y por la combinación de ambas filiaciones una doble comprobación que hace imposible toda confusión.

En la filiación de las señales ó marcas particulares se anotan todas las señales particulares más notables, como son vicios de conformación, anomalías, cicatrices, lunares, color de los ojos, etc.

Dos cuestiones importantes han llamado la atención de Bertillon y sido resueltas en su sistema: La descripción de las señales y su localización.

Una descripción confusa ó incompleta quitaría en gran parte á cualquier señal particular su valor de identificación, y este valor disminuiría hasta ser nulo si su localización no estuviese perfectamente determinada.

Para alcanzar ambos fines empieza Bertillon por dividir el cuerpo humano en seis grandes secciones, en las que caben todas las señales á examinarse, estando representada cada sección en la filiación por un número rom-

no. En cada sección hay una ó varias divisiones y puntos fijos tomados de partida y con los cuales se relaciona la localización de cada señal. — Cada división de éstas, así como las palabras recta, oblicua, redonda, curva, anterior, posterior, etc., están representadas por una letra ó un simple signo, y de este modo no sólo se consigne escribir la relación de toda señal en el mismo tiempo que se dicta, sino que se ocupa un reducido espacio en la hoja destinada á recibir la filiación y se hace más fácil y rápida su lectura á los encargados del servicio.

Tanto la filiación antropométrica como la por señales particulares se anotan en una misma hoja, á la que agregan dos fotografías del sujeto: una de frente y otra de perfil.

Como una gran parte de los prevenidos que son llevados á identificar no niegan ni pretenden hacer ocultación de su verdadero nombre, se lleva un duplicado de las filiaciones, que son clasificadas por los nombres de los prevenidos.

La filiación por señales particulares y la antropométrica se comprueban y complementan, estando en esta doble comprobación la obra verdaderamente genial del Dr. Bertillon. — La filiación antropométrica determina de una manera irrefutable la no identidad, pues claro es que si un sujeto ha sido alguna vez medido, debe encontrarse allí una medida igual. La filiación por señales particulares establece, por el contrario, irrefutablemente la identidad al determinar las señas particulares y características de cada individuo.

IV.

Los beneficios obtenidos por el sistema Bertillon son muchos y de muy distinto orden. — Entre otros hace notar Bertillon, en su obra sobre Identificación, antropométrica, que la prontitud con que por su sistema es establecida la identidad de los prevenidos evita las contestaciones y demoras á que antes daba lugar la aplicación de las penas de la reincidencia y las agravaciones motivadas por los antecedentes judiciales de los procesados. Por este medio ha venido á disminuirse á la mitad la duración de la prisión preventiva. — Teniendo en cuenta que el costo de esta prisión es doble de la prisión en cárcel penitenciaria, estima Bertillon, tomando por base el número de procesos, que obtiene el Estado por este solo concepto una economía anual de más de 50,000 francos.

El número de delincuentes (comúnmente estafadores y ladrones) denominados internacionales por las policías europeas, por razón de que pasan constantemente de un país á otro, ha disminuido de año en año hasta casi desaparecer. El cambio de nombres necesariamente usado de nada les sirve para evitar el ser reconocidos, y ésta seguridad de ser aprehendidos y reconocidos los ha alejado de Francia y hecho refluir sobre las otras capitales europeas, donde tienen más probabilidades de escapar á la acción de la justicia.

El número de reincidentes reconocidos por el sistema Bertillon en prevenidos que hacían ocultación de su verdadero nombre y que á no ser identificados habrían escapado á la aplicación de las penas de la reincidencia, alcanza desde 1883 á 1892 á la suma de 4,564.

Esta suma, de por sí crecida, sería mucho mayor, si se atiende á que la superchería de un cambio de nombre no es usada en muchos casos, por conocer los interesados su inutilidad.

Entre nosotros, que carecemos por completo de registros donde anotar las condenaciones penales y de medios de información en materia penal, donde los archivos judiciales sólo son un amontonamiento de expedientes, el sistema Bertillon podría prestar irremplazables servicios, dando al Juez un medio seguro de información sobre los antecedentes de los prevenidos, antecedentes indispensables á todo juicio criminal en donde para que la pena sea eficaz es necesario que ella sea proporcionada no solamente á la gravedad intrínseca del hecho sino también al grado relativo de perversidad é incorregibilidad en el agente.

Después de haber pesado el delito, los jueces pesan el hombre y, según los pesos combinados de estos dos elementos de apreciación, elevan ó bajan la pena que reclama la sociedad. Pero si se separa el crimen de la persona del culpable, la represión pierde su regla y su antorcha; ella es, en cierto modo, materializada, é infligida más bien al hecho que al agente.

De este modo el ciudadano hasta hoy honesto y el hombre más profundamente perverso, confundidos bajo una ciega reprobación, se encuentran librados á la iniqua igualdad de un mismo castigo; en otros términos, la graduación de la pena se hace imposible y las decisiones de la justicia no tienen ya el carácter de equidad distributiva y el nervio de suficiencia y eficacia que deben ser las cualidades de una justicia firme, liberal y esclarecida (1).

En suma, tanto la justicia penal como la policía judiciaria ó de investigaciones tienen un poderoso auxiliar en el sistema Bertillon; pero bueno es hacer notar que estos beneficios no pueden obtenerse sin una dirección entendida y competente, que tenga á su cargo los detalles del sistema y capases de aplicar sus reglas con la más escrupulosa atención. El menor error, la más pequeña negligencia, el olvido de la prevención ó regla que parezca más insignificante, pueden quitar todo su valor al sistema y reducir sus informaciones á un inútil montón de papeles.

DIONISIO RAMOS SUÁREZ.

LEYES QUE PRESIDEN LA FORMACIÓN DE las nacionalidades

Las teorías que se presentan en la palestra científica para explicar el tan buscado como discutido origen de las nacionalidades pueden clasificarse y se han clasificado de esta manera: la del contrato social, la naturalista, la del instinto de sociabilidad y la patriarcal.

El método que seguiremos en estos breves apuntes, hechos sin la más mínima pretensión, consistirá en explicar y criticar, en capítulos separados, cada una de ellas, señalando sus errores y deficiencias, así como tam-

(1) Bonneville de Marsangy. Discurso sobre la formación de registros de las condenas penales.

bién poniendo de manifiesto la parte de verdad que, á nuestro juicio, encierran.

CONTRATO SOCIAL

Rousseau, filósofo paradójal del siglo XVIII, es el más genuino representante de esta teoría. Para el precursor de la Revolución Francesa, lejos de fluir la sociedad de la naturaleza íntima del individuo y ser el medio único donde es posible su existencia, desarrollo y perfección, es una institución contraria á su peculiar manera de ser. Nada más apropiado para darse una idea exacta y acabada de lo que la sociedad es respecto al hombre, que la siguiente frase, brotada de la pluma de un distinguido y erudito publicista: "Para Rousseau — dice el autor á que aludo — la sociedad es á la especie humana lo que la decrepitud al individuo, lo que las muletas al enfermo. La sociedad es un mal necesario".

Cualquiera que haya hojeado, aun cuando más no fiere que por vía de entretenimiento literario, las obras de Rousseau, podrá juzgar de la verdad que encierra nuestra afirmación, ratificada por el autor del párrafo transcrito; y más aún, el que ávido de ciencia y sobre todo de penetrar los misterios de su origen y el del medio en que se mueve haya estudiado con profunda atención las páginas brillantes, por su forma grandilocuente, del "Contrato social". En ellas habrá visto cómo la imaginación meridional, la mente soñadora desplegada en todo su esplendor ocupando el lugar de la experiencia y la reflexión ha transformado la ciencia en poesía, en metafísica que diría Ribot; habrá visto, lleno de asombro, que este gran escritor, tendiendo una mirada retrospectiva que rasga la inñidad de siglos, llega á descubrir el verdadero estado de naturaleza: el estado salvaje; que con la misma minuciosidad del químico que nos hace el análisis de un cuerpo compuesto, nos describe las condiciones del hombre salvaje, aseverando la exactitud de su análisis como pudiera hacerlo aquel, el químico cuyos datos fueron el resultado de la experiencia y no hijos tan sólo de un cerebro divagador. Nos dice que vivía vagabundo, solo, aislado, desconociendo todo lazo de unión con los demás hombres, lazo de unión que tampoco le era necesario, puesto que sano y fuerte podía luchar en buenas condiciones contra toda clase de obstáculos, y que, pródiga la naturaleza, tenía al alcance de su mano lo necesario para satisfacer sus necesidades. Enseñanos que las facultades intelectuales estaban adormecidas y que sus condiciones morales eran nulas. Y cuanto más avanza el lector en su estudio, más se asombra del cúmulo de hipótesis expresadas en tono dogmático, cual si no admitieran réplica. Después de haber hablado del estado de naturaleza, que es el que brevemente dejamos descrito, dice: "el hombre poseía dos facultades que le han hecho salir de su estado primitivo: la libertad de adqui-erirse ó resistir y la facultad de perfeccionarse."

Estas dos facultades, ayudadas por circunstancias fortuitas sin las cuales la humanidad hubiera quedado eternamente en su condición primitiva, desarrollan el lenguaje y todas las demás facultades que el

hombre había recibido en potencia. Á consecuencia de esa lenta evolución, conservando su independencia, empiezan las relaciones con sus semejantes; los lazos de familia también comienzan. En una palabra, "nace la moral." (1)

El hombre ha dado un paso hacia la sociedad, la moral se despierta, y empieza á nacer la familia; pero se está aún lejos, continúa Rousseau, del período desgraciado, del estado social; éste llega cuando el hombre, aguzando su ingenio por las necesidades que le acosan, inventa la metalurgia y la agricultura. La primera le da los instrumentos de defensa y de trabajo; la segunda los medios de subsistencia. La primera hace nacer el derecho de la fuerza; la segunda el derecho del primer ocupante. De este estado de cosas á la anarquía, á la lucha incesante, á la guerra, casi no hay distancia.

Para Rousseau, pues, mientras el hombre sólo tiene en potencia sus facultades todas; mientras, sionámbulo inconciente, vaga sin rumbo, al acaso, aislado, es feliz y se encuentra en su verdadero estado; pero cuando las facultades se desarrollan, cuando sale del soñambulismo y empieza á sentir mayores necesidades, las que actuando sobre él mismo, conviértense á su vez en causa aceleradora del desarrollo de su naturaleza moral é intelectual, nace el derecho de propiedad al nacer la metalurgia y la agricultura: la propiedad de los instrumentos; la propiedad mueble y la propiedad del suelo, la propiedad raíz. Pero, ¿acaso era posible que hombres cuyos lazos de unión estaban completamente relajados se respetaran en sus derechos? No lo era. El más fuerte dominaba ó aniquilaba al más débil, y entraron entonces en el imperio de la anarquía, representada por la fuerza. La sociedad iba á morir antes de nacer, si se nos permite esa expresión, y para impedirlo el hombre concibió en la célula gris de su cerebro una idea luminosa: la asociación.

Y, remidos en una vasta llanura, resolvieron formular un contrato por el cual desde ese instante cesaba el aislamiento primitivo, el estado feliz; de completa libertad, para empezar la asociación contractual; el estado desgraciado, la enagenación de su libertad. No escapó al gran filósofo francés esta flagrante contradicción: ¿cómo pudo el hombre, sin degenerar, perder su nota culminante y característica, la libertad, que tal es para Rousseau, entrar en la forma contractual que trae aparejada la pérdida de esa facultad? Rousseau la resuelve mediante el siguiente sofisma, que da como la cláusula fundamental y única del contrato: cada individuo se entrega á toda la comunidad así, y entregándose á todos, no se entrega á ninguno. Y como no hay ningún asociado sobre el cual no se adquiere el mismo derecho que se le cede, se gana el equivalente á la pérdida sufrida y á más la fuerza de todos para conservar lo que se posee.

Tal es la teoría de Rousseau.

(Continuará).

ARTURO S. GANDOLFO.

(1) Vareille - Soumieres.

EL SUICIDIO EN SUS RELACIONES

CON LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

(Conclusión)

Las doctrinas de Jesús no eran enteramente originales, pues antes que él Confucio en China, Hillel y Jesús hijo de Sirach en Judea habían emitido ideas muy semejantes; pero la gloria de esa gran reforma sólo se debe al hijo de José, que supo comunicar á sus enseñanzas el fuego de su insuperable amor, el hábito vivificador de su divina fe. — Dotado de un alma grande y de una sensibilidad exquisita, debía inmediatamente sentir soberano desprecio por aquella orgullosa casta sacerdotal de los fariseos, que, como los antiguos brahmanes de la India, creían descender de la cabeza de su dios, llamándose fatuamente sus hijos predilectos. La patriarcal sencillez y la pureza de costumbres de los moradores del lago de Tiberiades y de Cafarnáum, así como la humillación del Samaritano befaído y escarnecido, debían en cambio herir agradablemente su espíritu y excitar su inagotable compasión. — Diciendo que el verdadero culto, el que amaba su padre, eran la humildad del corazón y la pureza del alma, daba un horrible latigazo á aquellos hipócritas fariseos, tan amantes de la publicidad en sus adoraciones, que tenían necesidad de ir al templo y golpearse rabiamente el pecho para prestar homenaje á la divinidad. Predicando la caridad, la limosna sin límites ni restricciones, á la par que aliviaba la situación desesperante del enfermo, del leproso, del desheredado, que fueron sus primeros oyentes y sus primeros adeptos, inyectaba fuertemente ese altivo desprecio, ese soberano desdén por las cosas del mundo, que explica la firmeza y abnegación de los primeros cristianos, felices aun en medio de la hoguera con la idea de abandonar la tierra, para juntarse con su Dios. Jesús quería que sus discípulos fueran tan pobres como él, y á menudo exclamaba con tono amenazador: más fácil le es á un camello pasar por la abertura de una aguja, que á un rico entrar al reino de los cielos. Ese aforismo, como todos los que salieron de su boca celestial, se ha conservado hasta nuestros días, en que á cada paso se oye decir con autoridad y persuasión: haz bien y no mires á quién. La máxima cristiana de la caridad se ha convertido hoy en una necesidad tan imperiosa y general, que á menudo vemos al crápula, al ladrón y hasta al asesino acercarse á depositar su óbolo en el sombrero de algún mendigo ó en las manos de alguna pordiosera. A nadie se le ocurre protestar por los numerosos hospitales, asilos, hospicios y casas de refugio que el Estado construye y mantiene con los sudores del artesano, con las fatigas del médico y con las excitaciones del poeta, y, sin embargo, cuántos hay que se indignan porque el Gobierno no da pleitos al abogado, construcciones al albañil, clientes al sastre!

Y es que si la caridad hubiéramos de confundirla con la cantidad de socorros que reci-

ben los menes tesoros, podríamos decir que se halla desarrollada en razón inversa de la justicia.

Todos los filósofos que han estudiado la marcha de las sociedades y la conducta de los hombres, — no con el estrecho y falso criterio de unas cuantas máximas erróneas, — sino á la luz de principios considerados como esenciales en la vida, han visto con espanto las proporciones inmensas tomadas por la limosna. Citaré, por no cansar al lector, la opinión de Spencer, el más ilustre de ellos, respecto al desarrollo de la filantropía, transcribiendo para mayor fidelidad su propias palabras: "Alimentar incapaces á expensas de los capaces es una gran crueldad".

Es una reserva de miseria amasada diariamente para las generaciones futuras. No es posible hacer más triste legado á la posteridad que aumentar el número siempre creciente de imbéciles perezosos y criminales. Facilitar la multiplicación de los males es, en el fondo, preparar intencionalmente á nuestros descendientes una multitud de enemigos. Hay razón para preguntar si la tonta filantropía que sólo piensa en aliviar los males del presente y persiste en no ver los males indirectos, no produce en suma una mayor dosis de miseria que el egoísmo extremo. Relusando mirar las lejanas consecuencias de su poco meditada generalidad, aquel que da sin reflexionar se encuentra apenas un grado más arriba que el borracho que sólo piensa en el placer de hoy y olvida los dolores de mañana. En las numerosas personas que por efecto de esta falsa interpretación se imaginan que dando mucho pueden expiar sus malas acciones se puede reconocer un elemento de verdadera bajeza: se esfuerzan por adquirir un buen sitio en el otro mundo, sin inquietarse por lo que esos esfuerzos pueden costar á sus semejantes." — En virtud del sentimiento de filantropía y de otros que lo han acompañado á través de su desenvolvimiento, este segundo período presenta caracteres propios que sirven para diferenciarlo de la primera faz bajo la que se nos muestra la típica ley que estudiamos. Durante esta hemos dicho que al vencido no le era dado ni siquiera implorar la piedad del vencedor; el hombre veía en el hombre su enemigo; y por eso se esforzaba en aniquilarlo, experimentando, cuando lo conseguía, la salvaje satisfacción de la fiera que logra atrapar la presa acechada durante muchos soles. La manera como el hombre pasó de tal barbarie á la avanzada civilización en que actualmente se desenvuelve, aunque no reviste dificultades, siendo por el contrario de natural y fácil explicación, no me corresponde estudiarla en este trabajo.

En el segundo período, como en el primero: que ya hemos examinado, los fuertes triunfan ignominiosamente y los incapaces sucumben; pero con la abultada diferencia que los primeros obtienen la victoria empleando medios cuya extrema suavidad señala el dedo del progreso y que los débiles no perecen en la derrota como era de esperarse, sino que prolongan su existencia durante mucho tiempo, merced á ese sentimiento de filantropía tan severamente juzgado por los moralistas. Detengámonos un momento en este punto. La fuente de donde extrae el médico los recursos

que le permiten subsistir es la misma que suministra alimento, placeres y comodidades a los demás que ejercen esa profesión: tan cierto es esto, que el éxito de uno supone infaliblemente la ruina de muchos, y sin embargo el galeno de nuestros días llama sabio a su colega, lo consulta en los casos difíciles y cree ó finge creer en su saber. — No se requiere gran penetración ni sabiduría para comprender que ésta es también la conducta adoptada por el abogado, el literato, el artesano y el fabricante.

Es exacta también la segunda afirmación, como lo comprueba acabadamente la enorme cantidad de vagos, de pordioseros y de enfermos que pululan por las calles y *boulevares*. — hecha abstracción de otros muchos incapaces que residen por centenares en asilos y casas análogas.

Ya el rico Baltasar no desoye la voz dolorida del pobre Lázaro, que pide a la puerta de su palacio un pedazo de pan para calmar las exigencias del hambre. . . No; ebrio de goces, de vino y de crápula se levanta con todo, y lleva al haraposu una parte de los manjares que se consumen en el festín. — La tercera faz de esa gran ley de la "lucha por la existencia", que tantos fenómenos abarca, se abre recién en nuestros días, y como su genuina representación es el suicidio, le hemos dado a este período el nombre de auto-eliminación.

Hemos dicho más arriba que la caridad predicada por Jesús y tan extendida en nuestros días había sido objeto de las más sabias y enérgicas censuras por parte de los filósofos, que veían en ello la semilla destinada a producir grandes males en un porvenir no lejano. En efecto, éste es el medio más seguro y eficaz de perpetuar y multiplicar la raza de los seres inútiles, que ha alcanzado ya en nuestros días una cifra lo bastante abultada para que pongamos término a su elaboración; no sea que las generaciones futuras tengan que doblar la rodilla agobiadas por el peso del fardo con que tristemente las oseequiamos.

Felizmente el sentimiento que nos incita a partir con un semejante lo que poseemos no ha nacido huérfano; por el contrario, las causas que contribuyeron a su formación le dieron por compañero sentimientos no menos nobles, destinados a controlar el mal derivado de su acción puramente aislada. — Los fenómenos del mundo moral se hallan tan rigidamente encadenados como los que constituyen el orden físico, ó los que se manifiestan en la esfera intelectual. El descubrimiento de una verdad permite encontrar otras muchas pérdidas en el dedalo intrincado de los fenómenos que sólo a los sabios le es dado clasificar y ordenar. La ley de la gravitación ha dado origen a tantas leyes importantes, que con razón pudo ser llamada la clave de los secretos de la incomprendible naturaleza. — El eslabonamiento de las ideas en el cerebro basta y sobra para inducir la relación que media entre los fenómenos de carácter físico, pues todos nuestros conocimientos derivan de la experiencia, de la observación secular de la naturaleza.

Veamos, sin embargo, un ejemplo que ponga en evidencia esta verdad. No existe aparentemente nada más sencillo que tomar un arma

cargada y hacer un disparo con ella, y sin embargo este primer movimiento puede descomponerse en un número inmenso de fenómenos. Primeramente, producción de las chispas por el choque del gatillo contra un cuerpo duro y combinación química de las sustancias que componen el cartucho; después, desarrollo de fuerza, salida del proyectil, muerte de un ave, caída de un cuerpo, etc., etc. — Los sentimientos que componen la moral, ya se la considere como el conjunto de acciones de un hombre ó de una sociedad, guardan entre sí la misma estrecha relación. Jamás se encontrarán reunidas en un hombre, y menos en un pueblo, las bajas pasiones de un hontote, con el sentimiento justiciero de Catón.

Los hombres que como Alcibiades y Mirabeau han sido mirados por la historia como formados de un extraño conjunto de grandes vicios y resaltantes virtudes, ó se les ha juzgado mal, ó constituyen una aberración en el orden natural en que se presentan los actos de carácter ético. — Es por esto que antes decía que el sentimiento de la caridad aparecía acompañado de otros destinados a controlar sus perniciosos efectos. — El sentimiento por el cual el hombre alivia las miserias que afligen a una parte de la humanidad, reposa, tiene su origen en el amor al prójimo. A pesar de esto, y como un elocuente mentís a mi aserto, vemos al ladrón que desvalija sin piedad a sus semejantes, acercarse al desgraciado y ofrecerle una moneda con el tierno desprendimiento de un San Vicente de Paul. No existe contradicción, sin embargo, entre mi tesis y el hecho que señalo; — los hombres durante muchos siglos han practicado la caridad que consiste en dar un pedazo de pan por un pedazo de ese cielo que con toda seriedad prometen los sacerdotes a su extendida grey. No es esto por cierto la limosna predicada por Jesús, cuya grandeza de alma no se rozó jamás con esa mezquindad que indigna justamente a Spencer; pero sí es la que dió la humanidad durante muchas generaciones, y la que sigue ofreciendo hoy el miserable pervertido al desgraciado *Nicodemo*. — Decir que el pobre recibe hoy sustento y consuelo de los hombres por el interés de celestiales recompensas sería una real sensatez; pues a pesar de que las religiones se batan en retirada, la filantropía acrece considerablemente. — Sentado este hecho, me creo autorizado a concluir que si la limosna reconocía antes como causa un fin interesado, hoy se mantiene puramente por amor al prójimo. Ahora bien, los sentimientos en esencia altruistas que incitan al hombre de posición a mejorar la situación del desgraciado, obligan a éste a rechazar las ventajas que desprendidamente se le ofrecen, pues hasta el más débil razonamiento sirve para demostrarle que aquellas donaciones repetidas una y otra vez pueden originar trastornos ó inconvenientes a su generoso protector. — Negar esto sería sentar la absurda tesis de que las pasiones nobles y los sentimientos generosos sólo pueden germinar en el pecho de los que reúnen fuerza y capacidad bastantes para sobreponerse a las dificultades, derribando valientemente las dificultades sembradas en su camino por la naturaleza ó la mano de los hombres.

Cuántas veces por temor de herir la templada delicadeza de un individuo nos hemos resistido a la tentación de ofrecerle algo que él necesitaba y que nosotros sentíamos placer en otorgarle, y cuántas el dolor de ser gravoso obliga a muchos a beberse las lágrimas que obtendrían inmediato alivio si se traslucieran para el padre, el hermano ó el amigo.

Y es que el altruismo cuando es recíproco, si obliga a unos a sacrificarse, ordena a otros rechazar el sacrificio; al prójimo sería una virtud exclusiva de los capaces si a su desprendimiento y generosidad no respondieran los débiles con una retributiva y una sentencia de muerte.

Las causas generadoras del suicidio, no cabe duda, se encuentran en la extensión que los sentimientos altruistas han alcanzado en la humanidad, debiéndose tal vez a esto y a la facilidad de la lucha por la vida que el suicidio constituye un hecho aislado y sin significación en los tiempos pasados. En efecto, cuando un sér dotado de tales sentimientos se considera, sea por raquitismo mental, sea por debilidad física ó por ausencia de carácter, incapaz de alternar en la tremenda lid, donde los hombres con cobarde desaliento unas veces, con varonil energía otras, obtienen el pan de cada día, pone fin a su existencia, librando así a la sociedad de una carga destinada retardar su movimiento progresivo. — Si este fenómeno social anunciado recién en nuestros días se propaga como los hechos lo permiten inducir, los más fuertes gozarán sin peligrosas limitaciones a las ventajas obtenidas en la vida, los más aptos poblarán la tierra hecha tan sólo para ellos, y la selección, siguiendo su curso natural, habrá dado a la lucha por la existencia una nueva faz, — la que menos sacrificios cuesta a la humanidad y menos dolores a los hombres.

Para mí, pues, el suicidio es una forma nueva de la derrota en la lucha por la existencia, — la forma, me atrevere a decir, más noble y generosa, puesto que ahorra al vencedor el dolor de presenciara una desgracia y el sacrificio de aliviarla. — No vaya a suponer el lector que se me oculta el hecho demasiado evidente, — que muchos han llegado al suicidio después de haber sido malos padres, pésimos hijos ó desvergonzados amigos, — no pudiendo por ende contarse entre esos seres, que imperiosamente aconsejados por la nobleza de sus sentimientos y el presentimiento de su derrota abren paso a la selección, eliminándose por sus propias manos.

No; pero debe convenirse conmigo que esos son seguramente los menos, — pues el que vivió siempre para hacer mal a los hombres no se arredra por cierto ante la idea de causarle el último, explotando villanamente su caridad y aumentando cruelmente sus fatigas. Esa trágica historia que todos los hombres ansían leer en el pasado de cada suicida la encontrarán gráficamente compendiada en estas dos palabras: *Impotencia y Nobleza*. No ha de faltar quien quiera ver en este artículo con sinceridad escrito una laboriosa apología del suicidio; mas no es así. Primeramente, no hago más que interpretar un hecho con los recursos que me suministra la sociología, y no aconsejo el suicidio, sino que

lo explico; y en segundo lugar, decir sin ambages ni rodeos que el suicida es un sér físico ó moralmente inferior a los hombres normales no es seguramente escribir un panegirico a su memoria. Verdad es que les reconozco delicadeza de sentimiento y generosidad de miras; ¿pero puedo yo acaso despojar al sol de sus rayos, ni a la tierra de la fuerza que me tiene constantemente adherido a ella? Las observaciones nuestras y las estadísticas de Europa contribuyen a demostrar la casi adolescente juventud de los suicidas, circunstancia ésta que debemos mirar como muy ventajosa y favorable, pues esa es la edad en que se dejan al desaparecer menos obligaciones, y menos lágrimas por tanto.

Dejemos, pues, que los suicidios aumenten y la selección se cumpla; que así como nada es factible intentar para detener ese incesante movimiento que nos arrastra con el planeta a través de los espacios y los mundos, nada podemos tampoco contra esa ley que escrita con sangre en todos los ángulos del Universo pide a todo trance la muerte de los débiles.

Esa desaparición repentina de seres a quienes amamos arranca lágrimas y provoca sollozos... nadie lo ignora. También el bisturi que nos amputa a un miembro gangrenado nos hace gemir de dolor y, sin embargo, nos salva la vida.

Y ahora... si las ideas vertidas en las columnas de esta REVISTA chocaran con las que abraza el lector, perdone al articulista la osadía de pensar de distinta manera.

JOSÉ IRURETA GOYENA.

## APUNTES DE DERECHO CONSTITUCIONAL LIBERTAD PERSONAL

(Continuación)

V.

Examen de la primera parte de la regla formulada por Rossi, con relación a los preceptos de nuestra Constitución — Diversos modos de arresto establecidos en el artículo 113 de nuestra ley fundamental — En caso de *in flagranti* delito cualquier ciudadano puede aprehender al delincuente — Fuera de este caso, y mediante semiplena prueba, cualquier magistrado judicial puede expedir órdenes escritas para la aprehensión de los criminales — Consideraciones sobre este punto — Condenación de las *órdenes generales de arresto* — Requisitos indispensables para que una orden de arresto sea cumplida por los agentes ejecutivos del Gobierno. — Disposiciones de las legislaciones inglesa y norteamericana — Supremacía de la ley — Condenación de los gobiernos policiales — Otro modo especial de arresto — Facultad concedida al Presidente de la República por el artículo 83 de la Constitución — Limitaciones de esa facultad — Esta facultad es personalísima y su ejercicio está sometido a responsabilidad moral y constitucional ante las cámaras legislativas.

La Constitución de la República en su artículo 113 dice: "Ningún ciudadano puede ser preso sino *in flagranti* delito, ó habiendo semiplena prueba de él, y por orden escrita de juez competente".

Aunque a primera vista, dada su mala redacción, parecen ser tres, dos son los casos en que con arreglo a esta prescripción

se puede privar de su libertad personal a un individuo: tiene éste que haber sido encontrado *in flagranti*, ó en su defecto, haber semiplena prueba del delito y orden escrita de juez competente: y hay semiplena prueba de un delito en el caso de la deposición de un solo testigo, fundada ó calumniosa. Nuestro Código político, no facilitando como debiera por esta disposición el arresto, y no prohibiendo de nua manera terminante las órdenes verbales, satisface incompletamente dos condiciones imprescindibles de toda buena legislación penal. Así que no pudiendo una persona cualquiera, cuando sólo existe semiplena prueba, arrestar al delincuente bajo su responsabilidad, como veremos en seguida pasa en la legislación inglesa y como acontece en la norteamericana cuando existe *causa probable apoyada por juramento ó palabra de honor*, (1) en estas circunstancias el arresto puede ser difícil entre nosotros. Tal sería el caso en que el magistrado demorara la orden que está encargado de expedir, en el cual podía tener lugar la fuga del criminal.

Pero ¿qué se entiende por delincuente *in flagranti*? ¿Es el hallado con la evidencia del crimen? ¿Será, según la definición de Escrihe y del Diccionario de la lengua, el que es sorprendido en el acto mismo de cometer el delito?

Materia de derecho penal, y que debe caer bajo la reglamentación de la ley, no nos corresponde resolverla. Baste a nuestro intento dejar establecido que las leyes del país han entendido existir delincuencia *in flagranti*, no sólo cuando se sorprende al delincuente en el acto de consumarlo, sino también "cuando éste se ha perpetrado públicamente y existe notoriedad sobre la persona de su autor ó autores". (2)

Sentado esto, ¿es justa la disposición constitucional en cuanto manda aprehender a un individuo cogido en delincuencia *in flagranti*? Sí; porque el peligro de oprimir y vejar la inocencia, que en los demás casos existe y que justifica la segunda parte de la sintética fórmula de Rossi, en éste desaparece totalmente, ya sea, según la interpretación de la ley, cogido el criminal en el acto mismo, ora exista notoriedad pública de su culpabilidad; sí, porque el que así es sorprendido, no sólo es el inexcusable perpetrador del delito, sino notoriamente el violador y perturbador de la moral y el orden públicos; y como dice el artículo 29 de la Constitución inglesa, toda persona en este caso, constituyéndose en autoridad competente, "tiene el derecho y deber de detener al delincuente" y presentarlo ante el juez. Ni puede invocar con justicia en su favor una libertad que lo lleva al crimen, ni la seguridad de su persona, cuando demuestra un desprecio tan grande por la seguridad de los demás.

En otro orden de ideas, encontramos demasiado susceptibles de equívoco é interpretaciones torcidas los términos *juez competente* usados en este artículo. Porque ¿qué significan esas palabras? No pueden expresar

(1) Art. 4.º de las Enmiendas Stovv, traducción de don N. A. Calvo.

(2) Ley de 6 de julio de 1874, derogada por el decreto de 1877.

sar otra cosa que funcionario que a mérito de autorización legal (es decir, prescripta por ley) tenga *competencia* en el hecho de que se trata. Y como la cuestión de competencia se presta a muy diversas interpretaciones, pues la Constitución no la define reservando implícitamente al Poder Legislativo la facultad de determinar su extensión, derogada la ley del 74 que lo establecía resulta que, fuera del caso de *in flagranti* delito, toda autoridad judicial, desde los tribunales de apelaciones hasta cualquier teniente alcalde, puede expedir órdenes escritas de arresto; y la triste experiencia de los abusos cometidos nos muestra bien a las claras que entre nosotros han sido con frecuencia *jueces competentes*, no sólo todos los empleados del orden judicial sin excepción alguna, sino también todos los agentes del Ejecutivo y hasta los más ínfimos empleados de la falange POLICIAL.

Examinemos, aunque someramente, las disposiciones y prácticas de las legislaciones inglesa y norteamericanas sobre el punto que trata el artículo 113 que comentamos.

En Inglaterra se puede arrestar a los ciudadanos de varias maneras.

1.º Concordante con la ley de Lynch de los pueblos de la Unión Americana, existe un procedimiento que se conoce con el nombre de *hue and cry*, ó clamor público. Consiste en lo siguiente: En los casos de crímenes que por su especial naturaleza ponen en alarma a la población, y es conocido ó sospechado su perpetrador, a la manera de jauría y a las voces de *alza y grita* individuos del pueblo se encargan de la persecución del criminal ó criminales hasta darles caza. Cada ciudadano, no sólo está en el deber moral de tomar parte en la persecución, sino que por una ley dictada en el reinado de Jorge II tiene que ejecutarlo bajo pena de multa. Rara vez se cometen abusos por parte del pueblo en este sistema de arresto que tanto se presta a ellos, y es allí un medio eficaz de aprehensión, pues consistiendo en la acción popular y contribuyendo a facilitar el arresto, ayuda a la justicia a cumplir el objeto que está llamada a desempeñar.

Creemos, con todo, que no se puede justificar esa institución. A pesar de que, por ía manera especial de ser del carácter anglosajón, el pueblo rarísima vez se excede en sus facultades, en semejantes casos la autoridad policial sola debiera llenar esas funciones. Podrían comprenderse y explicarse estos irregulares y viciosos procedimientos en una nación atrasada donde no existiera ni noción de una justicia más regular y aceptable; no en Inglaterra, donde la justicia criminal está cimentada sobre bases que, rodeando la defensa de eficacísimas garantías, aseguran a la sociedad la satisfacción más completa.

2.º Por un segundo modo de arresto, el particular que ha sido testigo de un hecho criminal grave, que, por ejemplo, ha presenciado el asesinato de una persona, no solamente puede aprehender al criminal para ponerlo a disposición de la justicia, sino que se le obliga a ejecutarlo así bajo penas de prisión y multa. La ley no da el derecho de presenciar un crimen de importancia. Sinó imponiendo el deber de capturar a su causante.

Si aquél, en uso de sus facultades legales, en lucha con el criminal le da la muerte, no es responsable. Se le considera como perpetrador del acto en uso de su legítimo derecho de defensa.

3.ª Cuando un particular sospecha que otro es el autor de un delito, puede proceder, autorizado por una ley del reinado de Carlos II, á su denuncia y aun á su captura y arresto. Las condiciones en que se coloca el denunciante en estas circunstancias no le son en nada favorables, pues dado el caso (probable, desde que no se trata de un testigo presencial del hecho) de que la persona aprehendida como culpable sea declarada inocente, aquél se expone no sólo al pago de una fuerte multa sino también á la acción de daños y perjuicios, que la ley concede al damnificado. Por este motivo, rara vez se aplica este sistema de aprehensión.

4.ª Por último, los oficiales públicos pueden proceder al arresto de las personas de dos distintas maneras: sin *warrant*, ó mandato, ó con él, otorgado por los jueces de paz y, en casos excepcionales, por el consejo privado. (1)

En Inglaterra y Estados Unidos, naciones que marchan á la cabeza del movimiento liberal, para que un mandato de arresto sea cumplido por los agentes ejecutivos del gobierno no basta una *orden general*, es decir, que no determine, individualizándola, la persona objeto del arresto. Es necesario no solamente que ella sea escrita, sino que debe mostrar la autoridad de quien la expide, el acto ó motivo que autoriza á intimarla y la persona contra quien es dirigida. La cédula ha de nombrar al individuo contra quien se dicta; si así no aconteciese, sería incluida en el número de las órdenes generales, que son el parapeto en que se escudan los gobiernos policiales y de facultades extraordinarias. Se necesita asimismo que la persona encargada de dar cumplimiento á la orden sea en ella nombrada. Donde se practica lo contrario, donde tales reglas no se observan, existirá, no un gobierno de hombres libres que se hayan dado cuenta de los peligros que á la sociedad y á los individuos rodean, sino un gobierno policial, con el cortejo obligado de muchos empleados y muchísimas atribuciones. ¿Qué sucedería, en efecto, si la orden, por ejemplo, no hiciera mención de la persona á quien se la encomendado? Que un ciudadano arrestado con palpable injusticia y violación flagrante de la ley no sabría á quién culpar ni contra quién dirigirse. En los pueblos en que el primer régimen está en vigor existe supremacía de la ley y es condenada la práctica de los gobiernos policiales, que es el sistema generalmente implantado en los países sud-americanos, en donde la autoridad policial, con facultades de carácter judicial que en manera alguna le competen, ultrapasa su legítima esfera de acción al proceder cuando á bien lo tiene á la prisión de los habitantes. (2)

Y decimos con facultades de carácter judicial que no le competen, porque la policía, obrando dentro de sus facultades, no tiene ni

puede tener poder para privar de su libertad á una persona, como no sea en caso de *in flagranti delicto*. La ley no debe, como sucedía en Francia bajo Napoleón III y en España bajo la regencia é Isabel, usar de medidas preventivas, porque al obrar así comete un perjuicio, y su fin no es prejuzgar sino reprimir, usando de medidas preventivas sólo cuando las represivas no basten á tutelar los derechos sociales. La autoridad policial, por otra parte, no es un poder; es un agente de poderes: es un instrumento de los poderes Judicial, Ejecutivo y Legislativo, y cuando éstos nada dicen, nada debe ejecutar.

Ya hemos estudiado dos sistemas constitucionales de arresto practicados entre nosotros. Veamos un tercero. Por el artículo 83 de nuestra carta fundamental se le autoriza al Presidente de la República para privar de su libertad personal á un individuo; y prescribe ese artículo que, "en el caso de exigirlo así urgentísimamente el interés público, se limitará (aquél) al simple arresto de la persona, con obligación de ponerla en el perentorio término de veinticuatro horas á disposición de su Juez competente." Enteramente personal la facultad concedida al Presidente de la República por este artículo, es doblemente limitada: por el inciso 2.º del artículo 26 de la Constitución y por los términos en que está concebida. Limitada por aquél, porque da á la Cámara de Representantes el derecho de acusar ante el Senado al jefe del Estado por violación de la Constitución ó por otros delitos que merezcan pena infamante ó de muerte, después de haber conocido sobre ellos, á petición de parte, ó de alguno de sus miembros, y declarado haber lugar á la formación de causa; y por los términos en que está concebida, porque el último teniente al calde de nuestra campaña tiene en este sentido iguales facultades que el Presidente de la República. Considerando, pues, inútil en la forma acordada la disposición constitucional, vengamos á la causa que le dió nacimiento. Lo que á nuestros constituyentes indujo á la restricción excesiva de esta facultad no pudo ser más loable y digno de aplauso: fué el fervoroso culto que rendían aquellos patriotas sinceros á la libertad individual y los derechos del hombre.

Nuestra ley constitucional se aleja tanto de la verdad en esta materia, tan deficiente y pobre se muestra, tan distante de las constituciones de los países de organización semicrítica al no exigir las condiciones arriba mencionadas, que dentro de ella, y sin violencia de ninguna especie, caben órdenes verbales lo mismo que generales, puesto que el artículo 113 que comentamos y en ello se ocupa, prescribe que "ningún ciudadano puede ser preso sino por orden escrita de juez competente", guardando profundo silencio sobre si pueden ó no ser arrestados ó detenidos con órdenes verbales ó generales los habitantes del país, y dejando consiguientemente á la arbitrariedad y al despotismo la facultad de disfrazarse con vestiduras constitucionales.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

(Continuará).

## SUJETOS

"Pasados y Oportunos" es el título de la recopilación de artículos y comentarios publicados por Alfredo Varzi, que se imprime en el programa de "La Razón". Formará un volumen de doscientas páginas, con portada decorada por el bien conocido lápiz de Seny, y lo precederá un prólogo auto-biográfico, festivo, del mismo Varzi.

Nuestro país se intitulará la obra que, conteniendo cuadros descriptivos de la República, se pondrá á la venta en las principales librerías de esta ciudad el día 25 del corriente mes.

Del mérito tipográfico de la obra hemos hablado en el número anterior; para juzgar del mérito literario basta citar los nombres de los escritores cuyos trabajos ha coleccionado el infatigable y laborioso Orestes Araujo.

He aquí la lista de la referencia: Luis Melián Lafinur, Mateo Magariños Solsona, Isidoro De-María, A. Pintos Márquez, Carlos María de Pena, Antonio P. Carlosena, Carlos Lecuener, Eduardo J. Miranda, Juan de Comínges, Daniel Muñoz, Juan H. Figueira, J. Arechavaleta (hijo), Julián O. Miranda, Luis Fabregat, Antonio Magdaleno, José de Arechavaleta, Antonio Bachini, Manuel Bernárdez, Domingo Ordóñana, Eduardo Acevedo Díaz, Carlos Honoré, José María Reyes, Daniel Granada, Carlos M. Maeso, Francisco J. Ros, Serafin Rivas, Orestes Araujo, Carlos María Ramírez, Samuel Blixén, Carlos Reyles, Manuel Nieto y Otero, Manuel Herrero y Espinosa Víctor Arreguine y Antonio D. Lussich.

Un ilustrado colega, *El Heraldo*, ha desaparecido del estadio de la prensa, aunque momentáneamente según ha declarado su Director, el brillante periodista señor Eugenio Garzón. Es muy de sentirse la supresión de un diario que honraba nuestra prensa, tanto por la altura y valentía con que defendió siempre sus ideales, cuanto por la inteligencia é ilustración con que trató todas las cuestiones, así de arte como de política ó de ciencias sociales.

El señor Eugenio Garzón supo hacer de *El Heraldo*, ante todo, un diario culto, y esto, que á primera vista parece nimio, es una de las más importantes cualidades del periodismo, que con tanta facilidad se olvidan entre nosotros. Con ese periódico la fina y elegante sátira sustituyó á las groseras invectivas del personalismo, y la ilustración y altura de miras al ligero barniz literario y á la careta científica con que se adornan los que no han tenido tiempo de instruirse en el colegio.

Hacemos, pues, votos porque el "hasta luego" del colega sea mejor un "hasta muy pronto": - que todos saldremos ganando con ello.

Retribuimos en la parte que nos toca el galante saludo que el nuevo diario *La Prensa* dirige á sus colegas.

La reconocida ilustración de sus redactores y lo interesante de sus primeros números, son la mejor garantía de que una larga y próspera vida está reservada al nuevo paladín en los torneos de la política militante.

Son verdaderamente notables y dignos del mayor encomio los *Cuadros Históricos* que los señores Sierra y Antuña, llevados por el propósito de levantar el espíritu patriótico, han encargado al artista nacional Diógenes Hequet, muy ventajosamente conocido entre nosotros. Esos cuadros, — que los hay grandes y chicos, — reproducen episodios de la guerra de la Independencia, y al pie llevan una monografía del hecho glorioso del prohombre que retratan.

Es muy plausible la idea de los señores Sierra y Antuña; y nosotros, que estamos siempre dispuestos á aplaudir cuando nos encontramos en presencia de un relevante esfuerzo de una idea patriótica y elevada, no podemos menos en el presente caso que enviar nuestras más calurosas congratulaciones á los que hoy nos dan una prueba más que fehaciente de su laboriosidad y amor patrio.

Por trastornos tipográficos de última hora, hemos visto obligados á retardar la aparición de este número y retirar el artículo del señor Desterranis referente al tercer centenario del Tasso, y la lista bibliográfica prometida sobre la Autografía de Víctor Arreguine.

(1) Para más detalles, véase Rossi, obra citada, tomo 2.º

(2) Véase para este punto Lieber, *Los derechos del individuo*.